

HARLEQUIN Deseo™

Falso compromiso

Catherine Mann

Falso compromiso

Catherine Mann

1º Los hermanos Landis / 3º Beachcombers

Falso compromiso (2009)
Título Original: Rich man's fake fiancée (2008)
Serie: 1º Los hermanos Landis / 3º Beachcombers
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1633
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Matthew Landis y Ashley Carson

Argumento:

Lo tenía todo menos una esposa… y un poco de amor.

El anuncio del compromiso entre Matthew Landis y Ashley Carson estaba en boca de todos. Parecía que el primogénito de una de las familias más importantes de Carolina del sur estaba prometido con una chica… normal.

¿Tendría algo que ver aquel compromiso con la salida a hurtadillas de Matthew de la casa de la señorita Carson? ¿Qué futuro tenía aquella relación que "alguien" había filtrado a la prensa?

Capítulo 1

Sólo había algo peor que llevar aburrida ropa interior de algodón cuando por fin conseguía acostarse con el hombre de sus sueños: que él se fuera antes del amanecer.

Ashley Carson sintió cómo su cuerpo se tensaba bajo la sábana. Con los ojos aún entrecerrados, observó silenciosa cómo se vestía. Había sido lo suficientemente imprudente como para acostarse con Matthew Landis la noche anterior, pero lo cierto era que ese tipo de conducta no era propio de ella.

Su cuerpo aún evocaba las maravillosas sensaciones y no se arrepentía de nada. Pero su sentido común le recordaba que había sido un error. Para colmo de males, el error lo había cometido con uno de los más prometedores candidatos a ser senador por el estado de Carolina del Sur.

Se fijó en su pelo oscuro y corto. La impoluta camisa blanca cubría una espalda de anchos y fuertes hombros. Recordó cómo se la había quitado ella horas antes, mientras organizaban una cena para recaudar fondos que iba a tener lugar en su restaurante, donde también vivía. La reunión había dado un giro inesperado que los había llevado por el pasillo y hasta su dormitorio.

Siempre le había gustado Matthew, pero no había pasado de lo platónico. Nunca se habría imaginado que algo así pudiera llegar a pasar entre los dos. A ella le gustaba su vida tranquila y sedentaria, disfrutaba dirigiendo su propio negocio y con los simples placeres que tenía a su alcance. Eran cosas que valoraba especialmente por su experiencia personal. Se había criado en hogares de acogida. Él, en cambio, estaba siempre en el punto de mira por su trabajo. Era uno de los miembros más poderosos del Congreso. Y tan pronto tenía que negociar una nueva e importante ley como participaba en algún acto benéfico.

La gente lo seguía con entusiasmo. Era un hombre con mucho carisma y empuje.

Se preguntó si se despediría de ella o si se limitaría a desaparecer.

—La tabla de madera que está justo frente a la puerta cruje al pisarla, así que será mejor que la evites si lo que pretendes es irte sin que te oiga —le dijo ella.

Él se detuvo y la miró. Sus ojos, verdes y brillantes, los que le habían ayudado a ganar su puesto de diputado, parecían estar llenos

de culpabilidad. En unos meses podría conseguir el cargo en el Senado que su madre estaba a punto de dejar vacante.

—¿Qué dices? Yo no me escapo de los sitios —se defendió él—. Me estaba vistiendo, eso es todo.

—Claro, perdona —repuso ella con sarcasmo—. Así que, desde anoche, has empezado a andar de puntillas y sin zapatos, ¿no?

—Estabas profundamente dormida —repuso Matthew.

—Vaya, ¡qué considerado eres!

Matthew soltó los zapatos y se los puso.

—Ashley, lo de anoche fue genial…

—No sigas —lo interrumpió ella—. No necesito explicaciones. Los dos somos adultos y solteros. La verdad es que ni siquiera somos amigos. Sólo somos dos conocidos con una relación comercial entre manos y parece que nos hemos dejado llevar por un momento de momentánea atracción.

—Veo que entonces pensamos igual —repuso él.

—Deberías irte ya o no vas a tener tiempo para cambiarte de ropa.

Matthew dio media vuelta y salió.

Ella lo siguió hasta el vestíbulo de la grandiosa mansión sureña. Era una de las pocas casas que se conservaban en pie desde antes de la guerra civil y el restaurante que habían instalado allí se había convertido en la forma de vida para sus dos hermanastras y para ella.

Hacía poco que vivía en la habitación contigua a su despacho, en la parte de atrás de la mansión. Después de que sus dos hermanas se casaran y se mudaran a otras casas, ella era la que se encargaba de la contabilidad y el mantenimiento.

Más de un tablón crujió bajo los seguros pasos de Matthew mientras pasaban al lado de la tienda de regalos y llegaban al vestíbulo. Abrió el cerrojo de la gran puerta sin mirarlo a los ojos.

—Enviaré a tu ayudante un par de copias del contrato que hemos firmado para la cena.

La noche anterior y tras la cena de negocios que habían tenido, Matthew se había quedado un buen rato para repasar con ella algunos detalles de la misma. Nunca se hubiera imaginado lo incendiario que podía llegar a ser un simple y accidental roce de cuerpos.

Pero se daba cuenta de que no podía haber nada más, no se le había pasado por alto lo rápido que había querido salir de su dormitorio.

Era la historia de su vida. Había sido rechazada por familias de acogida desde temprana edad. Ese pasado la había marcado y se había convertido en una mujer independiente y llena de orgullo. Ese sentimiento era el que mantenía su cabeza alta y su espalda recta, una postura que se había visto forzada a mantener durante toda su infancia por culpa de un duro corsé que le habían colocado para corregir su escoliosis.

—Te llamaré.

«Sí, claro que me llamarás», pensó ella con incredulidad.

—No, nada de llamadas. Terminemos este encuentro como lo empezamos. Sólo se trata de negocios —repuso ella mientras le ofrecía con profesionalidad la mano.

Matthew la miró con cautela. Después la aceptó sin sacudirla y se inclinó para besarla…

Pero, muy a su pesar, lo hizo en la mejilla.

—Aún es de noche, deberías volver a la cama y dormir un poco más —le aconsejó Matthew.

Lo último que tenía en mente era dormir un poco más. Entre otras razones porque sabía que no lo conseguiría, no después de haber pasado una noche como aquélla con Matthew Landis.

Entró y cerró la puerta con fuerza. Fue entonces cuando el orgullo dejó de mantenerla en pie y se derritió. Se acercó al mostrador de la entrada y se derrumbó sobre él.

La verdad era que no podía culparlo de nada, ella había estado tan dispuesta como él. La llama se había encendido entre ellos de repente y, en ese momento, lo último que había tenido en mente había sido su aburrida ropa interior de algodón.

Se sentía algo herida y confusa. Tenía que animarse de alguna manera. Miró el escaparate de la tienda de regalos que tenían en el vestíbulo y se fijó en la zona donde tenían la lencería fina. Eran modelos inspirados en diseños antiguos. Entró y fue directa al camisón de satén rosa pálido que siempre le había llamado la atención.

Se había pasado toda la infancia soñando con tener prendas delicadas y femeninas como aquéllas. Nunca había podido llevar nada parecido, sólo prendas de algodón blanco, un tejido mucho más resistente que su duro corsé corrector no podía dañar. Ya no necesitaba llevar nada parecido. Su escoliosis se había corregido y la

única consecuencia de esa condición era que tenía un hombro algo más alto que el otro, algo apenas perceptible.

En un impulso, tomó la percha con el camisón y salió de la tienda. Se dirigió con paso decidido al aseo público. Le hubiera encantado llevar algo así puesto la noche anterior.

Se quitó el albornoz y dejó que cayera al suelo. El satén se deslizó sobre su cuerpo desnudo como una refrescante ducha tras una noche de pasión con Matthew.

Se dejó caer sobre el diván francés que decoraba el tocador y encendió una vela para intentar relajarse y crear algo más de ambiente. Se tapó con la delicada colcha que había sobre el diván y cerró los ojos. Pensó que no estaría mal dormir unos segundos…

Pasó el tiempo sin que se diera cuenta. Respiró entonces, de manera más profunda, y comenzó a toser. Se incorporó deprisa en el diván. Ya no olía el aroma de la vela.

Olía a humo.

Matthew Landis intentó aclararse las ideas mientras contemplaba el amanecer sobre el océano. Iba de vuelta a Beachcornbers, donde se había dejado olvidado su maletín.

Dejó el coche en el aparcamiento del restaurante, era la segunda vez que lo hacía ese día. Volvía al mismo lugar donde había empezado todo al lado de Ashley Carson.

Era una persona muy organizada y eso le ayudaba a no cometer errores. Pero lo que había pasado esa noche no había formado parte de sus planes.

Siempre había tenido mucho cuidado con su vida personal y su elección de amantes. No tenía intención de casarse, pero tampoco podía vivir como un monje. Ya había intentado tener una relación seria y para toda la vida, fue durante su tiempo en la universidad, pero había acabado perdiéndola por culpa de una fatal enfermedad cardiaca producida por un defecto de nacimiento. No tuvo siquiera la oportunidad de que su familia conociera a Dana y nadie supo nunca que habían estado prometidos para casarse. Lo había mantenido en secreto como homenaje a esa mujer y al poco tiempo que tuvieron para estar juntos.

Pero Ashley Carson… Le parecía una mujer muy sexy y bella.

Valores de los que ella misma parecía no ser consciente y eso no hacía sino incrementar su atractivo. Pero eso no era excusa. Estaba acostumbrado a trabajar con bonitas mujeres y siempre había podido controlarse.

Tenía la intención de olvidarse de esa noche en cuanto recogiera su maletín, aunque una voz en su interior le recordaba que quizás lo hubiera dejado olvidado a propósito.

Oyó la alarma contra incendios en cuanto abrió la puerta de su coche. Vio que el coche de ella seguía en el mismo sitio de antes.

—¡Ashley! —gritó con la esperanza de que ella ya hubiera salido del edificio.

No hubo respuesta.

Echó a correr hacia el porche de la mansión mientras llamaba a la policía por el móvil.

El pomo de la puerta de entrada estaba caliente, pero ignoró el dolor y lo hizo girar. Fue una suerte que ella no hubiera cerrado por dentro después de que él se fuera.

Sintió el intenso calor en cuanto entró. Apenas distinguía nada entre el humo, pero no vio llamas en el vestíbulo. Comenzó a atravesarlo y vio entonces la luz que venía de la tienda de regalos. El fuego parecía estar concentrado sólo en esa zona. Las llamas iban devorando poco a poco las estanterías llenas de ropa y la pintura se desprendía de la vieja madera.

—¡Ashley! —gritó de nuevo—. ¡Ashley!

Se acercó más. Empezaban a caer pedazos de escayola del techo y le preocupó la integridad estructural de esa casa tan antigua. No sabía cuánto tiempo tendría para encontrarla.

Pero supo que no pararía hasta dar con ella.

—¡Ashley, contéstame de una vez! ¿Dónde demonios estás?

Cada vez había más humo. Se agachó y se cubrió la boca y la nariz con el brazo.

—¡Socorro! —gritó ella mientras golpeaba una pared—. ¿Hay alguien ahí? ¡Estoy aquí!

—¡Aguanta, Ashley, ya voy! —le gritó él con alivio—. ¡Sigue hablando!

—¡Estoy aquí, en el tocador!

Siguió el sonido de su voz hasta llegar a los aseos públicos.

—Apártate de la puerta, voy a entrar —le advirtió él.

—Muy bien, ya me he alejado —contestó ella algo más tranquila.

Se puso en pie conteniendo la respiración al entrar en la espesa nube de humo. No tenía mucho tiempo. Si las llamas pasaban al pasillo, quedarían atrapados por un fuego fuera de control.

Empujó la puerta con su hombro, pero no se abrió. Se retiró para intentarlo de nuevo. Se apartó un poco más para ganar impulso.

Empujó con todas sus fuerzas y la puerta cayó hacia dentro.

Miró deprisa a su alrededor y encontró a Ashley sentada en una esquina del aseo, al lado del lavabo y cubierta con una toalla empapada. Era una mujer lista. Fue hacia ella.

—Gracias por volver —le dijo ella mientras le entregaba una toalla empapada en agua.

Ashley se puso en pie mientras tosía y se esforzaba para respirar con normalidad. Se dio cuenta de que necesitaba aire puro. Se agachó y la levantó en volandas sobre su hombro.

—Agárrate.

—Sácanos de aquí, Matthew —le pidió ella entre ataques de tos.

Salió rápidamente y atravesó la tienda, que ya era un auténtico horno. Las llamas los rodeaban y estaban devorando los libros y todos los artículos de papelería.

Una estantería se tambaleó a su lado y él se apartó a un lado para salvarse. Cubrió con su cuerpo el de Ashley. Pocos segundos después, otro par de estanterías se derrumbaron frente a él y alimentaron las llamas. Una de ellas golpeó su rostro. Acababan de cerrarle el paso.

—Por la otra puerta, por la cocina —le indicó Ashley—. A la izquierda.

—De acuerdo —repuso él mientras daba media vuelta y deshacía lo andado.

Salió al pasillo.

El humo se había disipado lo suficiente como para que distinguiera mejor la luz que se colaba por la puerta de cristal y fue directo hacia ella. Cuando salió, el aire fuera de la casa le pareció tan espeso e impenetrable como el infierno que había dejado atrás dentro de la mansión.

***

Ashley intentó recuperar el aliento en cuanto salieron por la parte de atrás de la tienda, donde estaban los cubos de basura. Estaba histérica.

Sabía que, si los bomberos no aparecían pronto por allí, su restaurante y su casa acabarían consumidos por las llamas.

El hombro de Matthew le presionaba el estómago y con cada paso que daba le dificultaba aún más la respiración. Para colmo de males, no le gustaba que la llevara como un saco de patatas, se sentía avergonzada.

—Ya me puedes bajar.

—No me des las gracias —repuso él con ironía—. No gastes aliento en ello.

No entendía cómo podía pasar de héroe a villano insensible en tan poco tiempo.

Esa madrugada, había lamentado que Matthew no la viera enfundada en el bello camisón de satén. Pero las cosas habían cambiado radicalmente y le hubiera encantado que no tuviera que verla con lo que había quedado de la delicada prenda que aún llevaba bajo la manta.

—Matthew —insistió entonces—. Puedo andar. Suéltame, por favor.

—De eso nada —repuso él agarrándola mejor.

Pero con el movimiento, se deslizó la manta y uno de sus hombros quedó al desnudo.

—Vas directa al hospital para que te hagan un chequeo.

—No tienes por qué llevarme así, estoy bien y… —protestó ella.

Pero un ataque de tos no la dejó terminar de hablar.

Intentaba cubrirse el cuerpo con la empapada manta, pero no era fácil en esa posición.

—¡Deja de moverte, Ashley! —le pidió él mientras agarraba con fuerza su trasero.

Eso era lo último que necesitaba. Todo su cuerpo se estremeció.

Vio pasar a dos bomberos que arrastraban una manguera. Eso le recordó que tenía problemas más graves que las manos de Matthew y la escasa ropa que llevaba encima. Su restaurante se estaba quemando. Se trataba del negocio que había iniciado con sus dos hermanastras en el único hogar de verdad que había tenido en su vida. Era la casa que les había dejado su querida tía Libby, la mujer que las había acogido a las tres.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Estaba aterrada. Temía que el fuego se extendiese y afectase a otras casas. Entre ellas, estaba la de

su hermana Starr.

—¿Ashley?

Oyó su nombre, giró la cabeza y, entre su propia melena, vio a su hermanastra.

Matthew se detuvo entonces al lado de una camilla, tomó su cabeza y se inclinó con cuidado para tumbarla en ella.

Miró hacia Beachcombers, su restaurante. El humo salía por las ventanas de la fachada, cubriendo con nubes grisáceas el cielo.

Se preguntó si aún quedaría algo dentro de la bella casa que habían heredado de su madre de acogida. Sus dos hermanas y ella habían invertido en ese negocio todo su dinero y todas sus ilusiones. Se apoyó en los codos para poder incorporarse un poco y ver mejor lo que estaba pasando. La tristeza y el desconsuelo le dificultaron aún más la respiración.

—Ashley…

Su hermana le dio un abrazo al que no pudo responder con facilidad, tenía los brazos atrapados. Y entonces se dio cuenta de que su hermana había levantado sin querer su manta mojada y dejado al descubierto lo que quedaba del camisón de satén.

Esperaba que nadie la estuviera mirando.

O mejor dicho, esperaba que Matthew no se hubiera fijado en ese detalle.

Pero lo miró y se dio cuenta de que no había tenido suerte. Había algo en sus ojos que le recordó a la pasión de la noche anterior.

Capítulo 2

Matthew estaba seguro de estar imaginando cosas. Ashley estaba de nuevo cubierta. Sólo había quedado un hombro al descubierto y pudo distinguir un fino tirante de satén rosa.

Le sorprendió darse cuenta de que no quería que nadie más viera esa parte de ella. Intentó acercarse de nuevo a la camilla, pero se lo impidió uno de los sanitarios.

—Apártese, por favor, congresista. Ese enfermero le echará un vistazo mientras nos ocupamos nosotros de la señorita —le dijo mientras colocaba una mascarilla de oxígeno sobre la cara de Ashley —. Respire… Muy bien, señorita. Respire profundamente y con calma. Intente relajarse.

Apenas fue consciente de que alguien lo auscultaba, le limpiaba la herida que tenía en la sien y le colocaba un vendaje. Intentó calmarse y respirar de manera normal, como si así pudiera conseguir que Ashley también lo hiciera.

Alguien le tocó el brazo y ese gesto lo devolvió a la realidad, era la hermana de Ashley, Starr Reis. Recordaba su nombre de otras cenas y encuentros políticos que habían organizado en Beachcombers. Sus ojos estaban llenos de preocupación.

—Congresista, ¿qué es lo que ha pasado?

—Ojalá lo supiera.

—Si no me hubiera quedado dormida esta mañana, a lo mejor habría escuchado la alarma contra incendios… —murmuró la joven —. Acabo de llamar a David para decírselo.

Recordó entonces que su marido era piloto militar. Se imaginó que sería muy duro para esa mujer ver que su hermana estaba herida y su negocio se consumía entre las llamas.

—Gracias por entrar a por ella —le dijo la joven con los ojos llenos de lágrimas.

Algo incómodo, se ajustó el nudo de la corbata. Ashley estaba muy cerca de allí y temía que pudiera oírlos. Sabía que Starr no le estaría tan agradecida de haber sabido toda la historia de lo que había sucedido allí esa noche y de cómo había acabado.

—Me alegra haber estado en el sitio apropiado en el momento oportuno.

—Sí, ha sido una suerte que se acercara entonces a Beachcombers. Por cierto, ¿qué es lo que hacía aquí? Beachcombers no abre hasta dentro de una hora.

—Vine a…

—Vino a recoger los contratos para la cena de recaudación de fondos —intervino entonces Ashley—. Pero, por favor, no os preocupéis por mí, ¿qué es lo que pasa con la casa? ¿Qué es esa sirena?

No le sorprendió su actitud.

Hacía poco que la conocía, pero estaba claro que no le gustaba que nadie se preocupase por ella.

Pero él no iba a apartarse de allí hasta que los médicos le dijeran que estaba bien.

Miró entonces al enfermero que le había hablado antes.

—¿No deberían llevarla al hospital?

—Señor Landis —lo llamó alguien que estaba tras él—. ¿Puede responder a unas preguntas?

«¡Lo que me faltaba!», pensó.

Miró por encima del hombro y vio a una reportera vestida de manera impecable y con un micrófono en la mano.

No entendía cómo se le podía haber pasado por alto que la prensa acudiría tarde o temprano.

Sabía que no podía mantener su vida privada en secreto, pero estaba dispuesto a proteger la intimidad de Ashley. Ya le había hecho bastante daño y no iba dejar que sufriera más por su culpa.

Se dio la vuelta. Pero, antes de que pudiera decirles que no pensaba hacer declaraciones, escuchó el disparo de una cámara de fotos. Se dio cuenta entonces de que su decisión no iba a conseguir mantenerla fuera de todo aquello.

Ashley se enjabonó una vez más la melena en la ducha del hospital. Le estaba costando deshacerse del hollín y el olor a humo.

El agua estaba limpiando su cuerpo, pero no conseguía liberarla del sentimiento de frustración que atenazaba sus nervios. Hacía muy poco que Mathew Landis había aparecido en su vida, sólo había pasado por Charleston unas cuantas veces, pero ya había conseguido dar un giro de ciento ochenta grados a su existencia.

Se preguntó si su impresión había sido la acertada, si de verdad él la había mirado con renovado interés cuando la manta la dejó casi desnuda sobre la camilla. A una parte de ella le gustaba que así fuera, sobre todo después de lo mal que le había sentado que se escapara de su dormitorio de madrugada. Pero entonces recordó el momento en el que él arriesgó su vida para salvarla. Sabía que, de no haber sido por él, habría muerto atrapada en el tocador de señoras. Tomó la esponja y frotó con fuerza su piel. Tenía que deshacerse del hollín y de la memoria de sus caricias.

Cuando salió de la ducha y se secó, se sintió algo mejor y más fuerte. Se puso el camisón y la bata que su hermana le había llevado al hospital y no pudo evitar pensar en la delicada prenda de satén que había quedado arruinada para siempre.

Estaba decidida a olvidarse de lo que no era importante y concentrarse en todo lo que el fuego había cambiado.

Abrió la puerta del baño y se quedó helada.

Matthew Landis estaba sentado en la única silla que había en su habitación y tenía sus largas piernas estiradas frente a él. Se había cambiado y llevaba un traje gris. En el alfiler de su corbata le pareció reconocer el escudo de Carolina del Sur. No entendía cómo podía estar tan relajado después de lo que había pasado ese día.

Matthew sujetaba una rosa de tallo largo en una de sus manos, pero no quiso ni pensar que fuera un regalo para ella. Se imaginó que la habría arrancado de alguno de los ramos y centros florales que adornaban ya el alféizar de la ventana de su habitación. No entendía qué hacía aún en Charleston ni por qué no había regresado a la mansión que su familia tenía en Hilton Head.

—No… No esperaba que…

—He llamado a la puerta —dijo a modo de explicación.

—Es obvio que no te oí.

Se quedaron en silencio.

Matthew se puso entonces de pie y ella dio instintivamente un paso hacia atrás. Colgó la toalla mojada del picaporte y miró a todas partes menos a sus penetrantes ojos verdes, no podía hacerlo. Eran los mismos ojos que habían cautivado a los electores durante años.

En esa zona del país, los cuatro hermanos Landis llevaban algún tiempo apareciendo en las noticias, primero como hijos del senador. Y, después de la trágica muerte de su padre, su madre había ocupado

el cargo que su marido había dejado vacante.

Matthew, como el resto de su familia, se había presentado a las elecciones para diputado en cuanto hubo terminado su máster universitario. Y, desde que su madre se concentrara en conseguir ser la siguiente ministra de Asuntos Exteriores, él se había propuesto hacerse con su sitio en el Senado.

El apellido Landis estaba unido a los conceptos de familia, tradición, riqueza y poder. Y esa influencia en la sociedad sureña les había proporcionado gran seguridad a todos los miembros de la conocida familia. Quería odiarlo por poseer todas las cosas que ella nunca había tenido, pero la verdad era que nadie había podido nunca reprocharle nada a su familia.

—¿Cómo estás? —le preguntó entonces Matthew.

—Estoy bien.

—Ashley… —repuso él—. Soy político y estoy acostumbrado a leer entre líneas. Ese «bien» no me ha parecido sincero. Creo que sólo me has dicho lo que quiero oír.

—Sea como sea, la verdad es que estoy bien. El doctor Kwan me ha dicho que podré irme por la mañana —le dijo mientras pasaba a su lado para dejar la bolsa de aseo en la mesita—. Dice que tengo un caso moderado de intoxicación por inhalación de humo. Mi garganta aún está algo irritada, pero mis pulmones están bien. Tengo mucho por lo que sentirme agradecida…

—Es un alivio ver que te pondrás bien muy pronto.

La miraba con intensidad, pero sin revelar nada de lo que pensaba o sentía.

—He tenido mucha suerte. Gracias por arriesgarte como lo hiciste para sacarme de allí —le dijo con sinceridad—. Por cierto, ¿por qué volviste a Beachcombers esta mañana?

—Se me había olvidado allí el maletín —repuso él mientras dejaba la rosa sobre una mesa.

Bajó deprisa la cabeza para que no pudiera reconocer la decepción en sus ojos. La salvó un repentino ataque de tos que casi agradeció.

Matthew apareció rápidamente a su lado con un vaso de agua.

—Gracias —le dijo.

—Debería haberte sacado antes de allí… —repuso él con el ceño fruncido.

—No digas tonterías. Estoy viva gracias a ti. ¿Cómo ha quedado

Beachcombers? Starr me ha contado un poco, pero no sé si está diciendo toda la verdad…

—La estructura está intacta. Parece que el fuego sólo afectó a la parte de abajo. Lo apagaron pronto, pero todo ha quedado inundado. Eso es todo lo que sé.

—Supongo que los inspectores nos facilitarán más información muy pronto.

—Si os dan problemas, dímelo y avisaré a los abogados de mi familia para que os ayuden.

—Starr me dijo lo mismo que tú cuando vino antes. Pero ella no deja de repetir lo contenta que estar al ver que no me ha pasado nada.

Su otra hermana de acogida, Claire, la había llamado desde el barco en el que estaba haciendo un crucero con su marido y su hija. Y estaba tan aliviada como Starr. Su seguro se haría cargo de todos los gastos, pero ella no podía dejar de sentirse culpable por lo que había pasado.

Matthew se levantó y se sentó a su lado en la cama. La abrazó antes de que ella pudiera negarse o protestar. Metió las manos bajo su melena mojada y le acarició la espalda.

Poco a poco, fue relajándose entre sus brazos, dejando que la inundara un aroma a loción de afeitado que ya empezaba a resultarle familiar. Podía escuchar el constante y uniforme latido de su corazón a través de la impoluta camisa blanca. Después del día tan duro que había tenido, se convenció de que merecía que alguien la consolara.

—Todo irá bien —susurró Matthew para calmarla y sin dejar de acariciar su espalda—. Tienes mucha gente a tu alrededor dispuesta a ayudar.

No pudo resistir la tentación de jugar con el alfiler de su corbata. Le encantaba estar entre sus brazos, se sentía allí tan bien como recordaba.

Pensó por un momento que quizás no hubiera entendido bien por qué se había ido de madrugada de su lado, que quizás no fuera una manera de alejarse de ella, sino que había otros motivos.

—Gracias por pasarte para ver cómo estoy —le dijo ella.

—Por supuesto. He tenido mucho cuidado para que no me vieran.

Sus palabras la devolvieron a la realidad con fuerza.

—¿Qué?

Matthew le apartó con cuidado el pelo de la cara. Sus manos eran grandes y fuertes, pero la tocaban con ternura.

—He conseguido dar esquinazo a la prensa y que no me vieran entrar en el hospital.

Recordó entonces todas las preguntas que los periodistas les habían gritado mientras la metían apresuradamente en la ambulancia. Algo incómoda, se apartó de Matthew.

—Me imagino que tu heroico acto estará en todos los medios de comunicación.

Él se frotó la barbilla un instante antes de contestarle.

—No es ése el ángulo que le están dando a la historia.

El temor se apoderó de ella y sintió un escalofrío recorriendo su espalda.

—¿Hay algún problema?

—No te preocupes —repuso él con una sonrisa que no consiguió tranquilizarla—. Yo me ocuparé de la prensa y de las fotos que están apareciendo en Internet. El director de mi campaña no tardará en encontrar un nuevo giro a la historia y entonces nadie pensará, ni por un segundo, que somos pareja.

Capítulo 3

«Nadie pensará que somos pareja», se repitió Ashley.

Se dio cuenta de que Matthew necesitaba aprender a tener más tacto con las mujeres.

Apoyó las manos en su torso y lo empujó para separarse de él. Estaba enfadada y le pareció el hombre más arrogante del mundo. También estaba molesta con ella misma por imaginarse que quizás él también se sintiera atraído por ella. Decidió que no volvería a dejar que esos ojos verdes volvieran a engatusarla.

—Me alegra ver que tienes todo bajo control.

Matthew, lleno de seguridad y con el mismo aire honesto de siempre, se levantó de la cama.

—Brent Davis, mi director de campaña, es uno de los…

Levantó una mano para que no siguiera hablando.

—¡Genial! No me sorprende en absoluto ver que podéis ocuparos de todo.

Matthew la miró sin entender su tono.

—¿Pasa algo? Pensé que te aliviaría ver que nos estamos encargando de minimizar los daños.

«¿Minimizar los daños?», se repitió ella.

No podía creer que lo que habían compartido la noche anterior fuera para él algo de lo que debía ocuparse su director de campaña. Estaba furiosa.

Pero lo último que quería era que Matthew se diera cuenta de hasta qué punto le habían herido sus palabras. Pensó en alguna otra cosa que pudiera justificar su reacción.

—Tengo miedo de volver de nuevo a Beachcombers y ver cómo está todo. Pero, por otro lado, estoy deseando ir y empezar a organizarlo todo. Es un verdadero alivio ver que al menos no tendré que preocuparme por lo que va a decir la prensa.

Hablaba deprisa y sin pensar, pero creía que era mejor eso que tener que soportar un incómodo silencio o perder del todo los papeles y pegarle un puñetazo.

—Bueno, entonces eso es todo… —añadió ella a modo de conclusión.

Pero Matthew no se movió. Seguía mirándola con el ceño fruncido. Y, a pesar de su enfado, su corazón comenzó a galopar en su pecho.

Ese hombre destilaba seguridad y sinceridad por los cuatro costados. Y además era extremadamente atractivo, pero no se sentía atraído por ella. No entendía por qué estaba tan enfadada con él. Había sido una aventura de una noche, algo impulsivo, sabía que la gente hacía cosas así todo el tiempo.

Pero ella no. Nunca le había pasado.

Tenía experiencia, no mucha, pero algo sí. A pesar de todo, Matthew había conseguido estremecerla y le había hecho sentir cosas que no creía posibles.

Necesitaba que saliera de allí, no podía soportar tenerlo tan cerca.

—Quiero agradecerte de nuevo que te pasaras a verme, pero ahora… Bueno, tengo que secarme el pelo.

Sabía que era una excusa nefasta, pero fue lo primero que se le ocurrió.

Matthew se masajeó la zona que rodeaba su herida en la sien.

—Prométeme que tendrás mucho cuidado y que no entrarás a Beachcombers hasta que los técnicos le den el visto bueno y te certifiquen que la casa es segura.

—Lo prometo —repuso ella—. Ya puedes irte.

No entendía por qué no se iba ya de allí. Deseaba que saliera de la habitación y volviera por fin a la mansión familiar de Hilton Head.

—En cuanto a lo de esta mañana… —comenzó él con algo de embarazo—. Sigues pensando lo mismo, ¿no?

Sus palabras desataron las alarmas en su interior, no podía creer que le diera tanta lástima como para imaginarse que esa noche de pasión había significado para ella más de lo que quería admitir.

Rezaba para que Matthew no dijera nada más porque no sabía si podría controlarse y no darle después de todo el puñetazo que se merecía.

—Tengo problemas mucho más graves en mi vida ahora mismo que pensar en con quién me he acostado.

—Claro, lo entiendo.

—Tengo que encargarme de los daños en la tienda, hablar con mis hermanas, ocuparme de dar los partes a la compañía de seguros…

Era una empresaria muy competente y profesional y quería que la respetara por eso. No quería darle pena.

—Muy bien —repuso él levantando las manos en señal de rendición y con media sonrisa en la boca—. Veo que de verdad

quieres que me vaya.

No entendía cómo había conseguido Matthew cambiar las cosas para que fuera ella entonces la que se sintiera culpable. Estaba segura de que era alguna técnica que aprendían todos los políticos. De un modo u otro, hizo que se sintiera como una bruja.

Respiró profundamente e intentó tranquilizarse. Incluso llegó a sonreírle también.

—Lo de anoche estuvo… Estuvo bien, pero ahora hay que volver a la realidad.

Matthew levantó una ceja al escucharla.

—¿Bien? ¿Crees que la noche de pasión que compartimos estuvo bien? ¿Nada más?

Demasiado tarde, se dio cuenta de que le había dado en su talón de Aquiles. Matthew Landis era un hombre competitivo, ésa era su forma de vida y no parecía dispuesto a conformarse con su comentario.

Fue hacia la ventana y se distrajo mirando por ella. No quería mirarlo a los ojos, a pesar de que eso era lo que deseaba hacer. Quería ver si volvía a mirarla con la misma pasión de la noche anterior. Su presencia le afectaba demasiado, sobre todo después de todo lo que le había pasado y no sabía si iba a poder mantener el control por más tiempo.

—Matthew, necesito que te vayas, por favor —repuso ella mientras jugaba con el lazo de satén que decoraba uno de los centros de flores.

El tejido del lazo le recordó al camisón que había echado a perder de manera tan tonta esa misma madrugada.

—Por supuesto —murmuró él con voz sugerente.

Escuchó dos pasos fuertes y seguros y supo que estaba detrás de ella. Pudo sentir el calor de su aliento cuando le habló de nuevo.

—Siento mucho lo de la prensa y no haber sido capaz de mantener las distancias cuando debía haberlo hecho. Pero nunca definiría lo que pasó anoche como lo has hecho tú. No estuvo sólo bien.

Esperaba que no volviera a tocarla porque estaba a punto de perder el control. Y podría acabar dándole un puñetazo o, mucho peor, besándolo.

Se dio la vuelta para mirarlo y apenas pudo soportar su intensa y penetrante mirada.

Ignoró sus buenos modales. Era cuestión de vida o muerte.

—Mi hermana está a punto de volver con un secador. Se le olvidó traérmelo cuando me dio el resto de mis cosas.

Matthew asintió con la cabeza.

—Llámame si tienes algún problema con la prensa o con el seguro de la casa.

Abrió la puerta y salió de la habitación.

Ella tomó la rosa que Matthew había estado sosteniendo en sus manos. Apenas podía creer que no hubiera salido corriendo tras él. Le ardía la boca, hambrienta de besos. Ese hombre siempre le había atraído, aunque se imaginaba que eso era algo que les pasaba a muchas mujeres.

Todo su cuerpo lo deseaba, pero su mente aún se dejaba llevar por el sentido común. Casi siempre.

No quería ser una de esas mujeres que parecían volverse tontas de repente si el hombre de sus sueños les sonreía.

Se acarició la mejilla con la rosa y jugó con el tallo entre dos de sus dedos, como había hecho él. Tenía las ideas muy claras, pero no sabía cómo llevarlas a cabo ni cómo podría mantenerse alejada de él cuando ya había experimentado lo que era estar entre sus brazos y sentir contra su cuerpo desnudo la piel de ese hombre.

Se acercó a uno de los jarrones y metió en él la rosa. Tenía que agarrarse de nuevo a su fortaleza y su voluntad, como había hecho siempre, desde que sus padres la abandonaran siendo poco más que un bebé.

Había sobrevivido en ese mundo gracias a sus agallas y al gran autocontrol que siempre había demostrado.

Matthew tuvo que usar todo su autocontrol para no montar en cólera cuando vio el periódico.

Lo apretaba en su puño mientras subía en el ascensor de camino a la habitación de Ashley.

Se había imaginado que la prensa averiguaría lo que pudiera sobre ella y lo que había pasado. Era algo con lo que había tenido que vivir siempre. Casi siempre había aprovechado esas oportunidades para decir lo que opinaba de una manera calmada y articulada.

Pero, en ese instante, habría sido incapaz de hacerlo.

Desenrolló el periódico y volvió a mirar las fotografías inculpatorias que ilustraban la primera página. Un reportero había conseguido de alguna manera captar fotografías de la noche que había pasado con Ashley. Había fotos muy íntimas que no dejaban demasiado a la imaginación. La menos escandalosa era la que el fotógrafo había obtenido mientras se despedían en la puerta. Ella sólo llevaba puesta una bata y el casto beso que él le había dado en la mejilla parecía algo mucho más apasionado desde el ángulo del *paparazzi*.

El resto de las fotos era mucho peor. Una imagen captada con teleobjetivo a través de una de las ventanas reflejaba el momento en el que los dos salían al pasillo camino del dormitorio de Ashley, sin dejar de besarse y desprendiéndose rápidamente de la ropa.

Se preguntó si ella habría visto ya las fotos o si alguien le habría hablado de ellas. Iba a saberlo en cuestión de segundos.

Al llegar a la habitación de la joven, asintió de nuevo para darle las gracias a la enfermera y llamó a la puerta.

—Soy yo —dijo a modo de saludo mientras empujaba una puerta que ya estaba entreabierta.

Ashley estaba sentada al lado de la ventana. Llevaba vaqueros y una camiseta. Las prendas abrazaban las curvas que él soñaba con acariciar de nuevo.

Ashley hizo un gesto con la cabeza para señalar el periódico que llevaba en la mano.

—Es el escándalo político del año. Menuda exclusiva… —le dijo.

Sus palabras contestaron una de sus dudas. Estaba claro que había leído los periódicos.

—No sabes cuánto lo siento.

—Me imagino que tu director de campaña aún no se ha levantado, ¿no? —preguntó ella con amargo sarcasmo y con mucha frialdad.

—Lleva despierto desde las cuatro de la mañana, cuando alguien le llamó por teléfono para informarle sobre lo que estaba a punto de salir a los quioscos.

—¿Y no se te ocurrió pensar que habría sido buena idea contármelo a mí también?

Mantenía la voz más o menos controlada. Pero sabía que estaba furiosa.

—Te habría llamado, pero había sobrecarga en la centralita del hospital.

Ashley cerró con fuerza los ojos y suspiró. Segundos después, soltó los reposabrazos del sillón en el que estaba sentada y lo miró.

—¿Por qué le importa tanto a la prensa con quién te acuestas?

No podía creer que fuera tan ingenua como para hacerle esa pregunta. Le contestó levantando una ceja.

—Por supuesto —repuso ella.

Se puso en pie y comenzó a dar vueltas por la habitación como una leona en su jaula.

—Claro que les importa. A la prensa le interesa cualquier cosa que haga un político, sobre todo si procede una familia adinerada. Aun así, ¿por qué tiene eso que afectar a las encuestas? Eres joven y sin compromiso. Yo soy soltera y mayor de edad. Nos acostamos. ¡Vaya cosa!

—No sé si leerías lo que pasó con mi última relación. Mi ex novia reaccionó muy mal cuando rompí con ella y se lo dejó bien claro a la prensa. Lo que no dijo nadie fue que ella me había estado engañando mientras yo estaba en Washington trabajando. Eso no les importaba…

Sabía que tenía que prepararla para lo que le esperaba fuera de esa habitación.

—La prensa va a perseguirte para conseguir más información. Nadie se imagina lo duro que es hasta que pasa por ello. ¿Sabes cuántos periodistas te esperan ahí afuera?

—Cuando llegue mi hermana a buscarme, saldremos juntas por la parte de atrás del hospital.

Se rascó la parte de atrás de la oreja antes de contestarle.

—No es tan sencillo. Tu hermana no va a venir.

—¡Deja de rascarte!

No entendía nada.

—¿Cómo has dicho?

—Que dejes de rascarte —repitió Ashley—. Es tan obvio… Te rascas así la oreja cada vez que intentas eludir una pregunta. ¿Qué es lo que estás escondiendo…?

Ashley se quedó callada. Después lo miró con cara de pocos amigos.

—Espera un momento. Has dicho que mi hermana no va a venir, ¿no?

Era la primera vez que alguien le decía que tenía un gesto incriminatorio. No sabía cómo se le podía haber pasado por alto algo

así al director de campaña y al resto de su equipo. Hizo una nota mental para intentar corregirlo en el futuro.

En ese instante, sin embargo, tenía un problema mucho más grave. Debía tranquilizar a una mujer que estaba más que enfadada con él.

—Su marido y yo hemos pensado que sería más seguro para ella que no tuviera que venir y lidiar con la multitud de medios que hay allí afuera.

—¿Lo habéis decidido entre David y tú? Veo que habéis estado tan ocupados como tu director de campaña —protestó Ashley mientras recogía su bolsa de viaje—. Tomaré un taxi.

—No digas tonterías. Mi coche está aparcado frente a la puerta trasera.

Lo miró con cara de frustración, pero acabó por rendirse con un sonoro suspiro.

—De acuerdo. Cuanto antes salgamos, antes podré dejar atrás todo esto.

Bajaron por el ascensor sin más problemas. Pero cuando fueron a abrir la puerta de servicio, se encontraron con cuatro fotógrafos listos para acribillarlos con flashes y preguntas. Escudó a Ashley como mejor pudo y la llevó casi en volandas hasta el coche. Sabía que más fotos de ellos dos no iban a ayudar a que el tema se olvidara, pero se alegraba de haber estado allí para que Ashley no tuviera que pasar sola por ese trago.

Tuvo que abrirse camino entre los periodistas, pero finalmente consiguió acceder al asiento del conductor. Cerró la puerta con cuidado de no hacerles daño, pero con firmeza.

Ashley se dejó caer sobre el asiento, parecía hundida.

—¡Dios mío! Tenías razón, no pensé que iba a ser tan desagradable.

—¿Desagradable? —repitió él mientras aceleraba—. Siento decírtelo, pero eso no ha sido nada y no creo que vayan a dejarnos tan fácilmente. Van a fisgonear hasta descubrir todo tu pasado.

Vio que Ashley palidecía, pero reunió fuerzas para incorporarse en su asiento.

—Bueno, supongo que tendré que comprarme unas buenas gafas de sol y algunos sombreros —comentó ella.

Le gustó ver que tenía agallas, sobre todo porque sabía que todo lo que estaba pasando iba a ser mucho más duro para ella que para otras

personas.

—La prensa no te va a dejar en paz. Llevan muchos años intentando casarme.

—Soy fuerte —repuso ella con algo de temblor en la voz—. Puedo esperar a que se cansen.

No podía soportar esa situación. Se sentía fatal. Ella no merecía eso. Todo aquello era culpa suya y debería ser él quien acarrease con las consecuencias de sus actos.

Fue entonces cuando pensó de repente en la solución. Acababa de comprobar que para ella sería mucho más fácil sobrellevar aquello si lo tenía a su lado. Se le había ocurrido la manera perfecta de mantenerla cerca y conseguir que los cotilleos dejaran de ser negativos.

Ya había tomado la decisión y no se lo pensó más.

—Hay una manera mucho más rápida de acabar antes con los rumores.

—¿Cómo? —preguntó Ashley.

Se dio cuenta de que la joven estaba hecha un manojo de nervios.

Se paró ante un semáforo en rojo, era su oportunidad. Colocó el brazo sobre el respaldo de ella y la contempló con su mirada más seductora y persuasiva.

—Nos prometeremos.

—¿Prometernos? —repitió ella con los ojos como platos.

Aquello consiguió despertarla del todo. Se incorporó aún más en su asiento.

—No hablarás en serio. ¿No crees que contraer matrimonio para apaciguar a la prensa es un poco extremo?

«Matrimonio», se repitió él.

La palabra lo atravesó como un puñal. Era tan reacio como ella a pasar por el altar.

El semáforo se puso en verde y agradeció la oportunidad de apartar de ella la mirada para concentrarse de nuevo en la carretera.

—No llegaremos a tanto. Cuando la novedad del compromiso pase, nos limitaremos a romper de manera discreta. Podemos incluso darle la vuelta a la tortilla y decirles que la presión de los medios puso mucha tensión en nuestra relación.

No le gustaba tener que mentir. Estaba muy orgulloso de sus valores y de su honestidad, pero no quería que la reputación de

Ashley se viera dañada por culpa suya.

—Organizaremos una rueda de prensa para hacer público el compromiso —le dijo entonces.

Ashley se cruzó de brazos. Lo miraba con los ojos brillantes y mucha determinación.

—Congresista Landis, está claro que has perdido por completo la cabeza. No vas a conseguir poner un anillo de compromiso en mi dedo. ¡Por encima de mi cadáver!

Capítulo 4

Ashley se dio cuenta nada más decirlo que había vuelto a provocar a Matthew, arrojándole un guante que él no podía rechazar.

Se agarró al suave asiento de piel de su lujoso coche y no se le pasó por alto que en los ojos de ese hombre había un brillo especial. La gente como él parecía crecerse con los retos.

—Matthew, te agradezco mucho que te preocupe mi reputación —le dijo para intentar suavizar su comentario anterior—. Pero el hecho de que hayamos compartido una noche de sexo no me convierte en tu responsabilidad. Igual que yo tampoco soy responsable de ti.

Matthew debió de ver que estaba agarrando con fuerza el asiento porque le retiró la mano y no la soltó mientras conducía a toda velocidad por la carretera.

Apartó la mirada y se entretuvo mirando las casas con bellos porches de madera que iban pasando. No quería concentrarse en lo agradable que era sentir su cálida piel ni en cómo le estaba acariciando la muñeca con el pulgar. Su piel era áspera y le recordó los artículos que había leído en las revistas sobre cómo él ayudaba a construir casas para los más necesitados. Había conseguido endurecer su piel y fortalecer sus músculos de la mejor manera posible, siendo un político honesto y un hombre comprometido con los más desfavorecidos.

Las caricias consiguieron acelerar su traicionero corazón y no le costó darse cuenta de que él lo había notado. Matthew sonreía de nuevo.

Apartó deprisa la mano y la guardó bajo la pierna.

—Deja de hacer eso. Lo último que necesitamos es darles la oportunidad de hacernos más fotos comprometedoras y alimentar los cotilleos.

—Entonces, conviértete en mi prometida —le dijo Matthew entonces.

—No.

—Haré que te merezca la pena —repuso él con un seductor guiño.

Se cubrió las orejas con las manos.

—No sigas por ahí, mis oídos no están hechos para ese tipo de comentarios.

Matthew se echó a reír, agarró una de sus manos y se la bajó.

—Muy graciosa.

—Espero que haya quedado clara mi respuesta.

—Ashley, eres una mujer práctica. Por el amor de Dios, si eres contable. ¿No ves acaso que es lo mejor que podemos hacer?

«¿Soy práctica? ¿Es eso lo que le gusta de mí? ¡Qué romántico!», pensó ella.

—Gracias, pero creo que prefiero enfrentarme sola a la prensa —le dijo mientras intentaba que le soltara la mano.

Pero no tuvo tanta suerte.

Matthew no iba a dejar que se apartara y siguió torturando su mano con sutiles caricias hasta que llegaron a la casa de su hermana. Lo primero que vio fue la pancarta que Starr tenía en el jardín de su casa, era de apoyo a la candidatura del congresista Landis en su carrera hacia el Senado.

Después miró Beachcombers y se olvidó de todo, de su enfado y de la pasión que habían compartido dos días antes. Su casa, esa vieja conocida, la esperaba con un aspecto triste y desolador. La fachada blanca estaba cubierta de hollín, casi todas las ventanas estaban rotas y alguien había clavado tablones para cubrirlas.

El cuidado césped había quedado destrozado. Había barro por todas partes y se distinguían las profundas marcas que habían dejado los camiones de bomberos.

Sabía que acabaría por echarse a llorar si seguía mirando. Pero tampoco podía apartar la vista porque entonces se sentía como si estuviera abandonando a un amigo. Se dio cuenta de que tenía problemas mucho mayores que su reputación y que la absurda necesidad que parecía sentir por repetir aquella noche de pasión con un hombre que sólo podía complicar aún más su vida.

Tenía que calmarse y tomar conciencia de lo que había pasado. Su prioridad en ese momento era reunirse con sus hermanas para hablar de lo que había ocurrido y de qué debían hacer a partir de ese momento. Y, decidieran lo que decidieran, no quería que Matthew Landis estuviera implicado de ninguna manera en su futuro.

Apartó de nuevo su mano para dejarle muy claro con su gesto que se negaba a lo que le estaba sugiriendo.

Ashley esperó a que su hermana Starr bajara y se entretuvo contemplando cómo Matthew se alejaba de allí en coche.

Había sido su primera proposición de matrimonio, pero no había dejado de ser toda una farsa.

Recobrada ya de la impresión que le había producido que se lo pidiera, tenía que reconocer que había sido un detalle que a él le preocupara su reputación hasta ese punto. Le parecía una noción bastante anticuada. Pero, después de todo, él pertenecía a una familia tradicional que siempre había seguido las reglas sociales. Le resultaba irónico que Starr hubiera pasado a formar parte de ese mundo. La familia de su marido era una de las más conocidas de Charleston.

La mansión familiar de los Landis en Hilton Head era bastante más moderna que la de Starr. Recordaba haber visto las fotos en una revista de decoración. La casa concentraba todo el poder y los privilegios que los sureños ricos habían tenido desde antes de la guerra civil.

Su creativa hermanastra había aportado a su hogar un toque ecléctico y distinto que contrastaba con la histórica mansión. Había mezclado lo antiguo y lo moderno, muebles de madera oscura con alegres y coloridos cuadros. Las serias y pesadas cortinas habían sido sustituidas por ligeras contraventanas de madera blanca que dejaban pasar la luz pero daban la necesaria intimidad.

Atravesó el salón, pasó al lado del gran piano y se detuvo frente a la mesa donde su hermana había colocado varios retratos. En uno estaban Starr y David el día de su boda. En otro estaba la nueva suegra de su hermana, sentada en un sillón con apariencia de trono y sosteniendo un gato en su regazo.

Se fijó en una tercera. Eran Starr, Claire y ella misma frente a la fachada de Beachcombers, el día que abrieron oficialmente el negocio de hostelería en la vieja casa. Ya habían pasado tres años. Sabía que la mayor parte de los restaurantes fracasaban durante el primer año, pero ellas habían conseguido superar esa primera etapa a pesar de no contar con ninguna experiencia en ese campo. A sus clientes, entre los que se encontraban las mejores familias de Charleston, les gustaba celebrar sus fiestas en Beachcombers. A todos les atraía la posibilidad de tener un escenario tan histórico, suntuoso y típicamente sureño en el que poder festejar sus acontecimientos familiares.

Starr las había convencido para redecorar la mansión y habían conseguido crear un ambiente muy especial. Claire, por otro lado, había aportado su talento en la cocina. Y ella era la encargada de

administrar el negocio. Su madre había gastado casi todo su dinero en las niñas que había ido acogiendo, pero les había dejado un legado de amor inestimable.

Tomó un retrato de tía Libby, como la habían llamado siempre.

La mujer había perdido a su prometido por culpa de la guerra de Corea y juró que nunca se casaría con otro hombre. Fue entonces cuando decidió quedarse en la casa donde había crecido y usar su herencia para que niñas huérfanas o abandonadas pudieran tener un hogar. Muchas habían llegado a la casa y se habían vuelto a ir algún tiempo después, adoptadas por otras familias o de regreso con sus padres. Starr, Claire y ella habían sido las únicas que se habían quedado.

Echaba mucho de menos a tía Libby. Sobre todo en esos momentos, cuando tanto necesitaba sus consejos y su sentido común. A esa mujer nunca le había importado lo que otras personas pensaran de ella, y eso que había tenido que enfrentarse a sus vecinos cuando vieron cómo llevaba a su casa, en medio de un lujoso barrio, a algunas adolescentes más que problemáticas.

Escuchó pasos en la escalera y eso la sacó de su ensoñación. Se dio la vuelta y se encontró con su hermana corriendo hacia ella.

—¡Bienvenida! Perdona que no estuviera lista para recibirte.

—No pasa nada —repuso ella mientras la abrazaba—. Tu asistenta me ha dicho que tienes algo de gripe, ¿estás bien?

—Nada serio, de verdad.

Quería a esa mujer como si fueran hermanas de sangre. Las tres estaban muy unidas.

Starr tomó su brazo y la llevó hacia las escaleras.

—Vamos a mi dormitorio. He estado separando alguna ropa que puede servirte hasta que puedas comprarte más. Tú eres más alta, pero creo que he encontrado algunas cosas que te sentarán bien.

Entraron en la habitación y se quedó perpleja al ver lo que Starr había hecho.

Parecía haber sacado toda la ropa de sus armarios y había tantos montones por todo el dormitorio que apenas había espacio para pasar, era como un mercadillo.

—Eres demasiado generosa, te has tomado muchas molestias.

—No te preocupes —repuso Starr mientras se acariciaba el estómago—. Después de todo, dentro de nada no voy a caber dentro

de esta ropa. Por cierto, no tengo la gripe.

Se quedó con la boca abierta. Se sentía muy feliz por su hermana, aunque también un poco celosa.

—¿Estás embarazada?

Starr asintió con la cabeza.

—De dos meses y medio. David y yo no se lo hemos contado aún a nadie. Habría comentado algo antes, pero estaba tan conmocionada con la noticia que me ha costado hacerme a la idea. No queríamos tener hijos tan pronto, pero la verdad es que estoy muy contenta.

—¡Felicidades! —exclamó mientras la abrazaba de nuevo—. Estoy tan feliz por ti.

Y era cierto. Sus dos hermanas habían empezado a construir sus vidas y estaban formando sus propias familias. Se sentía feliz por ellas, pero también añoraba tener lo mismo. Esperaba que llegara algún día y soñaba con encontrar a un hombre que le pidiera que se casara con ella por amor, no por razones prácticas o para acallar a los medios de comunicación.

—Bueno, ¿no tienes nada que contarme? —le dijo entonces su hermana.

—¿Qué?

Starr fue hasta su cama y tomó un periódico que había sobre ella.

—¡Dios mío, chica! No podía creer lo que estaba viendo. ¿De verdad te has acostado con Matthew Landis?

—Gracias por el voto de confianza.

Sabía que no era el tipo de mujer que solía acompañar a un hombre como Matthew, pero le dolía oírlo por boca de su hermana. Por eso no creía que la prensa fuera a tragarse que había algo serio entre ellos aunque anunciaran que estaban comprometidos.

—Me ha sorprendido porque no sabía nada. No tenía ni idea de que os conocierais tan bien —repuso Starr mientras buscaba las fotos más escandalosas—. Aunque, viendo estas imágenes, me he dado cuenta de que me has estado ocultando muchas cosas. No entiendo cómo no me contaste nada cuando te llevé la ropa al hospital —añadió con algo de dolor en su tono.

—Lo siento. Tienes razón, pero es que no nos conocemos tan bien. Ya has leído todo lo que hay que saber. No hay nada más. Nos hemos visto de vez en cuando para preparar cenas y reuniones relacionadas con la campaña electoral. Lo de esa noche fue… Bueno, fue algo…

—¿Espontáneo?

—Creo que ninguno de los dos nos paramos a pensar.

—Bueno, me alegra que tú estés bien.

—¿Qué quieres decir?

—Que esto puede ser un duro golpe para Matthew. Todo está muy igualado en las encuestas —comentó Starr mientras tomaba un montón de camisetas que había pintado ella misma—. Espero que su oponente no consiga sacar partido de esto en un momento en el que unos pocos votos pueden marcar la diferencia. Hay temas muy importantes en juego. Ya sabes que Martin Stewart no tiene muy buena reputación, durante su legislatura redujo drásticamente los fondos de las agencias de adopción y acogida de niños.

Habían estado siguiendo de cerca las elecciones y las tres hermanas habían apoyado desde el principio a Matthew Landis, era el candidato que más importancia daba la situación de los menores.

—Sé que es un tema que nos afecta personalmente, pero estoy segura de que los votantes se darán cuenta de que Martin Stewart es un mezquino y un mentiroso. Cambia de opinión sobre temas importantes cada dos por tres, según le indiquen las encuestas.

Starr dejó de guardar la ropa para mirarla.

—Yo no estoy tan segura.

—Yo sí lo estoy. ¿Recuerdas cuando estuviste trabajando para él después de licenciarte? No tardaste ni dos meses en renunciar a ese empleo. Nos contaste que era horrible trabajar para él. Si tú te diste cuenta de ello con sólo diecisiete años, seguro que los votantes también lo hacen.

Starr siguió metiendo ropa en la caja. Le pareció que estaba demasiado callada y eso no era común en ella. Su hermana siempre tenía algo que decir.

Intentó que la mirara a los ojos.

—¿Qué pasa?

Starr se dio la vuelta y vio que había dolor e ira en su mirada.

—No renuncié voluntariamente a ese trabajo, me echaron.

—¿Qué dices? ¿Por qué?

—Porque no quise acostarme con él…

Sus palabras la dejaron sin aliento. Se dejó caer en un sillón.

—Pero… Sólo tenías diecisiete años. Y él debía de tener entonces… Unos treinta, ¿no?

—Sí, así es —contestó su hermana—. Me echó y, para colmo de males, acababa de pedirle que escribiera una carta de recomendación para poder entrar en esa escuela de arte en Atlanta a la que quería ir. Después de lo que pasó, llamó al centro y se encargó de que no me dieran la beca que necesitaba para matricularme allí.

—¡Starr, es horrible!

Estaba conmocionada, pero también le dolía que su hermana no le hubiera contado nunca algo tan importante como aquello, algo que había cambiado su vida. No quiso echárselo en cara en esos momentos. Starr, siempre vital y llena de energía, parecía más vulnerable que nunca. Además, no quería disgustarla más después de saber que estaba embarazada.

—No puedo creer que la tía Libby no fuera a por él para colgarlo por los pies de algún árbol.

Se distrajo acariciando con la mano un jersey rojo de angora. No entendía cómo su fuerte hermana había soportado ese tipo de tratamiento.

—No se lo conté. Me sentía avergonzada. Además, tenía miedo de que nadie me creyera. Después de todo, mis padres habían sido unos estafadores. Más tarde, pensé que lo mejor era olvidarlo y dejarlo todo atrás. Puede que siempre pareciera más fuerte y extrovertida, pero a esa edad no era más que una fachada.

Volvió a abrazarla con cariño y no la soltó hasta que Starr dejó de temblar.

—Lo siento mucho, preciosa, siento que tuvieras que pasar por todo eso.

Starr se separó y se limpió los ojos con las manos.

—Podría ir ahora a la prensa y contarlo todo, pero como soy tu hermana…

—Pensarían que te lo estás inventando todo para salvar la situación —terminó por ella.

—Eso es lo que me temo. Seguro que ahora entiendes mejor por qué he participado de manera tan activa en la campaña de Matthew Landis.

Todo se estaba enredando más de lo que nunca podría haberse imaginado. Sabía que sería muy injusto que Matthew perdiese las elecciones sólo por una noche de pasión entre dos adultos que habían consentido en ello, pero la vida no era siempre justa, ella lo sabía

mejor que nadie.

Tenía que hacer algo para arreglar todo eso, tenía que hacerlo por Starr.

La solución parecía estar justo delante de sus ojos. Tenía que hacerlo por su familia, por dos hermanas generosas que siempre habían cuidado de ella.

—No te preocupes, Starr. La prensa va a tener mucho de lo que hablar y Matthew no perderá estas elecciones.

—¿Qué quieres decir?

Inhaló profundamente para armarse de valor.

—No eres la única con una noticia importante. Matthew y yo nos hemos prometido.

* * *

Ashley iba a contarle a Matthew cuanto antes que había decidido aceptar su oferta. Lo había llamado esa misma mañana para que se pasase a recogerla y fueran a cenar en cuanto ella terminara de inspeccionar lo que había quedado de Beachcombers.

Su vida iba a dar un giro radical en cuanto le dijera que aceptaba sus condiciones. Aunque iba a quedarse a vivir en casa de Starr hasta que terminaran los trabajos de reconstrucción del restaurante, sabía que la noticia del compromiso atraería a muchísima prensa. Pero antes de dar ese paso, necesitaba pasar algún tiempo sola en su casa, en el mundo que siempre había conocido, aunque en esos momentos estuviera casi en ruinas.

Notó algo distinto en el aire al acercarse a la casa. Era una intoxicante mezcla de humo y humedad. Subió los escalones de la parte de atrás para echar un vistazo al único hogar de verdad que había tenido en su vida. Al menos sabía que la prensa no podría acercarse demasiado a ella gracias a la valla del jardín. Hizo un barrido con la linterna y no vio a nadie escondido entre los arbustos.

Pensó en todo el tiempo que había pasado allí con sus hermanas, concentradas en la creación de su negocio. Armándose de valor, empujó la puerta de entrada. Le costó abrirla, parecía estar algo atascada.

El ambiente estaba mucho más cargado en el interior, estuvo a punto de ahogarla. No entendía cómo ese olor podía permanecer allí tanto tiempo. Todo estaba húmedo o lleno de hollín. O ambas cosas a la vez.

Se recogió el pelo para no manchárselo más de lo necesario. No pudo evitar estremecerse. Tenía miedo, pero no podía pensar en eso, necesitaba ser fuerte para poder enfrentarse a todo aquello y resolverlo de la mejor manera posible.

Fue por el pasillo hasta su despacho y abrió la puerta. Suspiró al ver que todo estaba intacto. Los muebles y archivos estaban todos cubiertos con una fina capa negra, pero el fuego no había dañado nada en ese cuarto, tal y como Matthew le había asegurado.

Cerró de nuevo la puerta y se dispuso a inspeccionar lo más dañado. Un agua grisácea salía de la alfombra con cada paso que daba. Le recordó a los firmes pasos de Matthew cuando la sacó en brazos de la casa en llamas.

Fue hacia la sala principal y un terrible sentimiento de impotencia pudo con ella. No sabía qué iba a encontrarse allí.

Respiró profundamente para intentar calmarse.

Tenía que sobreponerse y tomar las riendas de su vida y de su negocio. Dobló una esquina y se dio de bruces con alguien, parecía un fuerte torso masculino. Gritó y se echó hacia atrás de manera instintiva.

No era un reportero, sino Matthew.

Se dio cuenta de que iba a tener que hablar con él antes de lo que había pensado.

—Tranquila, cariño —le dijo él mientras la sujetaba por los hombros—. Soy yo.

—¡Matthew! Sí claro. Eres tú.

Aliviada, pero sin poder dejar de temblar, dejó que la abrazara. No tardó más de unos segundos en recuperarse lo suficiente como para sentirse incómoda.

Pero Matthew no la soltaba y poco a poco se relajó mientras escuchaba los latidos de su corazón.

Se estremeció entonces, pero por motivos muy distintos. Sentía una ola de calor abrirse camino por su cuerpo, parecía no ser capaz de controlar cómo reaccionaba en presencia de ese hombre.

Colocó las manos sobre su torso y empujó para separarse de él.

—Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento —repuso él con las manos en alto—. Te vi cruzando el jardín y entré por la puerta principal.

—De acuerdo, no pasa nada. Parece que ya he recuperado el

aliento.

No le parecía justo estar hecha un desastre cuando él siempre iba impecable. A pesar de no llevar más que un polo y unos pantalones, tenía la misma apariencia imponente y poderosa de siempre.

Estaba cansada y de mal humor y su atractivo hacía que se sintiera aún más vulnerable. Para colmo de males, tenía pendiente una seria conversación con él.

—¿Por qué has venido tan pronto?

—Bueno, me dijiste que ibas a pasarte por la casa para ver los daños y pensé que te vendría bien algo de ayuda.

Matthew empezó a rascarse la oreja mientras le hablaba, pero después se detuvo de golpe. Vio que había tenido en cuenta su comentario del día anterior.

Se sintió mal por haber reaccionado enfadada. Ella no solía ser así, no usaba la ira para enfrentarse a sus problemas y no estaba dispuesta a cambiar a esas alturas. Se imaginó que los nervios eran los culpables.

No le apetecía tener que decirle que aceptaba convertirse en su prometida. Lo que de verdad necesitaba era dormir bien una noche, pero no podía elegir.

—Siento haber reaccionado así. La verdad es que tengo que hablar contigo y podemos hacerlo mientras inspecciono la casa —le dijo entonces.

Matthew la miró con gesto preocupado.

—¿Seguro que estás preparada para esto? ¿Por qué no te limitas a contratar un servicio de limpieza y así te ahorras el dolor de ver la casa así?

—No pienso limpiarlo aún. La verdad es que no puedo hacerlo hasta que la compañía de seguros valore los daños. Ahora sólo quiero echar un vistazo, no me llevará mucho tiempo.

Matthew se apartó entonces de su lado y entró en el salón principal. No pudo ahogar una exclamación.

La sala parecía un inmenso agujero negro. Los tablones de las ventanas apenas dejaban pasar la luz y parecía más oscuro aún. Pensó que hubiera sido mejor esperar a verlo por la mañana, con algo más de luz, pero después se dio cuenta de que eso no habría cambiado nada.

En esa sala había organizado muchas fiestas de compromiso y otros

bellos eventos. Siempre había soñado con celebrar allí algún día su boda.

Matthew no entendía cómo Ashley podía soportar ver de manera tan estoica en qué se había convertido su maravillosa casa.

Cuando ella le dijo que iba a ir a echar un vistazo, decidió que tenía que estar con ella para prestarle todo su apoyo.

Vio cómo le temblaba la barbilla. Lo entendía perfectamente. Había esperado verla así. Lo que no había esperado era que a él le afectara tanto verla sufrir.

Se cruzó de brazos para retener sus manos y no tener la tentación de abrazarla de nuevo.

Ashley pasó entonces a su lado y la tela de su blusa rozó su brazo. No pudo evitar imaginarse qué llevaría debajo de la delicada prenda. Su cuerpo estaba deseando conocer la respuesta.

Nunca habría pensado que la práctica Ashley se pondría la lencería que vendía en la tienda de regalos.

La tienda de regalos…

No entendía cómo podía haber estado tan enfrascado soñando con el cuerpo de Ashley como para olvidar el escenario devastador que tenía a su alrededor. Se acercaron a lo que quedaba de la tienda.

Casi todas las estanterías estaban en el suelo o ladeadas. De la ropa no quedaba apenas nada, sólo algunos restos chamuscados, casi imposibles de identificar, colgaban de las perchas. Se imaginó que se trataba de conjuntos de lencería como el camisón que había llevado ella cuando la rescató.

Oyó un timbre tras él y la risa de Ashley. Ese sonido le afectó tanto como lo habría hecho una caricia y se dio cuenta de que tenía serios problemas.

—¿Qué has encontrado? —le preguntó.

Ashley estaba metiendo la mano en el cajón de la caja registradora y sacó un manojo de billetes empapados.

—Sólo necesito un secador de pelo y seré solvente de nuevo —comentó con ironía.

Creía que sólo alguien como Ashley podía estar en medio de una habitación completamente destruida, con un puñado de dinero que no podía ser más de doscientos dólares y conseguir reírse de todo

aquello.

Se acercó a ella.

—Entonces, la cena de esta noche la pagas tú —le dijo.

—Claro. Creo que podría pagar un par de hamburguesas si no te importa compartir el refresco.

—Yo tengo una idea mejor. ¿Por qué no te dejo algo de dinero hasta que salgas del apuro?

Ashley lo miró con gesto orgulloso.

—Estaré bien en cuanto el seguro nos pague. Y mientras tanto puedo vivir de nuestros ahorros.

—La oferta sigue en pie. Ahora o más adelante.

—Gracias, pero no puedo aceptarlo.

Iba a insistir, pero decidió callarse. Se dio cuenta de que ella no estaba dispuesta a admitir su oferta. Decidió que encontraría otras formas de ayudarla sin menoscabar la necesidad de independencia de esa mujer.

—De acuerdo —le dijo mientras la seguía por el pasillo.

Ashley se volvió unos segundos después y lo miró.

—Tenías razón, Matthew. Aquí poco puedo hacer… Pero la verdad es que me siento mejor. Ahora que he visto lo mal que está, me veo preparada para seguir adelante.

—Ya…

—Acepto —le dijo Ashley entonces.

Sus palabras lo devolvieron al presente.

—¿Aceptas el dinero? —le preguntó sorprendido—. Fenomenal. ¿Cuánto vas a necesitar?

—No hablo del dinero. Lo que acepto es… Acepto tu proposición. Si crees que te ayudará con la campaña electoral, seré tu prometida.

Capítulo 5

«¡Dios mío, estoy prometido!», se recordó Matthew.

Estaba en el centro de operaciones de su partido, el lugar desde el que se organizaba la campaña electoral. Habían pasado cuatro horas desde que Ashley le dijera que aceptaba ser su prometida y aún no terminada de creerse que ella hubiera accedido a hacerlo.

Era lo que él había querido, pero la mera noción de estar prometido le resultaba muy inquietante y no entendía por qué. Después de todo, había conseguido exactamente lo que quería, y no era un compromiso real como el que había tenido con Dana.

Alguien llamó a la puerta de su despacho. Era su director de campaña, Brent Davis.

—¿Qué tal, congresista? ¿Estás durmiendo bien estos días?

—No lo dirás en serio, ¿no? —contestó él mientras le hacía un gesto para que pasara y se sentara.

Brent tenía unos veinte años más que él, era delgado y nervioso. Había dirigido campañas previas de su madre y lo había aconsejado personalmente cuando decidió hacerse diputado. Por primera vez en su vida, se preguntó si habría ido demasiado lejos y demasiado deprisa en su carrera política. Temía que su ambición lo hubiera cegado hasta el punto de sacrificar cosas más importantes. O hasta el punto de hacer daño a alguien tan inocente como Ashley.

Pero se recordó entonces que estaba haciendo aquello por ella, para proteger su reputación.

Había llegado el momento de ser un hombre y portarse como tal. Apoyó los brazos sobre la mesa y miró a Brent Davis a los ojos.

—Ashley Carson y yo nos hemos prometido.

Su director de campaña se quedó helado. No reaccionó de ninguna manera.

—Me estás tomando el pelo —le dijo.

—No, hablo en serio —repuso él.

El rostro del hombre se transformó frente a sus ojos.

—¿Te has prometido con esa infeliz con la que estás en las comprometedoras fotos?

—¡Vigila tus palabras cuando hables de Ashley!

—¡Vaya! Relájate un poco. Veo que estás obsesionado con la joven. Todo lujuria, me imagino.

—Davis… —gruñó él a modo de advertencia.

Lo último que necesitaba en ese momento era recordar la noche de pasión que había tenido con Ashley, no le convenía ir por ese camino.

—Es mi prometida, la mujer que he elegido. Así que hazte a la idea, es tu trabajo.

—Cuando esas fotos salieron a la luz, ¿por qué no me dijiste que estabas saliendo con ella? Dejaste que me enfrentara a la prensa sin tener toda la información que… ¡Espera un momento! —dijo Brent de repente—. Es un montaje, ¿verdad? Os habéis inventado esto para la prensa…

—Yo no he dicho eso —repuso él con incomodidad.

—Si quieres que te ayude a ganar las elecciones de noviembre, tienes que ser sincero conmigo. De hecho, deberías habérmelo consultado antes de pedirle que se casara contigo.

Entendía la reacción de Davis, pero no dejaba de ser ridículo que tuviera que hablar con su director de campaña antes de pedirle a una mujer en matrimonio.

—Empezamos a tratarnos por trabajo y a los dos nos sorprendió descubrir que había algo más. Llámalo «amor a primera vista» o «apasionado romance» en tu nota de prensa. Como quieras.

—Ya… Ya nadie le extrañará que dentro de algún tiempo la relación se rompa de manera tan abrupta como empezó.

—Eso lo dices tú, no yo.

—¡Maldito seas, Matthew! Fui yo quien te enseñó a contestar con esas respuestas evasivas cuando la prensa te estuviera incomodando. ¿Crees que las puedes usar conmigo?

No sabía por qué no podía cerrar la puerta de su despacho y contarle a Brent la verdad. Pero una parte de él quería proteger a Ashley por encima de todo para que pudiera continuar con su vida.

—Te he dicho lo que tenía que decirte. Ashley y yo estamos prometidos y mañana mismo iremos a elegir un anillo.

Él fue el primer sorprendido con su comentario. Pero se dio cuenta de que iban a necesitar uno si querían que todos creyeran que su compromiso era real.

Si Ashley se negaba, le diría que podrían venderlo después y donar el dinero a alguna obra de caridad. Era una mujer generosa y sabía que algo así sería de su agrado. Y él no estaría comprando un símbolo de compromiso, sólo un objeto que podría proteger a Ashley de la prensa y servir después a una buena causa.

—¿Por qué no le das a esa tal Ashley Carson el anillo de compromiso que tu padre le dio a tu madre? —le preguntó Davis con los ojos entrecerrados.

Era una buena pregunta.

—Ashley quiere comprarse uno que sea sólo para ella —le contestó con rapidez—. Ha crecido en hogares de acogida y siempre tenía que heredar ropas y cosas de otros niños, casi nunca podía elegir ella misma lo que quería. Se merece un anillo que elija ella.

Le pareció una respuesta verosímil y le dio la impresión de que sería lo que Ashley habría decidido hacer si ese compromiso fuera real.

—Supongo que la prensa se enterará gracias a alguien de la joyería, así que ve preparando un comunicado oficial. ¿Cuándo crees que deberíamos organizar la rueda de prensa? ¿Mañana por la noche o al día siguiente?

—¿De verdad amas a esa mujer? —le preguntó Davis de repente sin poder ocultar su incredulidad.

Sus palabras lo pillaron por sorpresa. Le hicieron pensar en su madre, encerrada en su habitación llorando la muerte de su padre, Benjamín. Ginger quedó desolada con la repentina muerte. De no haber sido por sus hijos y por la sorprendente oferta que le hicieron para ocuparse del puesto dejado vacante por su esposo, habría quedado sumida en una depresión.

Entonces no comprendió muy bien qué le ocurría a su madre, pero después pasó por lo mismo cuando Dana, su novia en la universidad, murió a causa de una grave enfermedad cardiaca. Había sido una experiencia tan terrible que no estaba dispuesto a dejarse llevar nunca más por esos sentimientos. Le aterrorizaba dejar que alguien volviera a tener tanto control sobre él.

Creía que había hecho lo apropiado al mantener las distancias después de la noche que habían pasado juntos. Pero las circunstancias lo obligaban a tomar cartas en el asunto hasta que los dos pudieran seguir adelante con sus vidas.

Pensó en Ashley. No sólo lo excitaba, sino que había conseguido despertar en él instintos protectores. La recordó desnuda sobre la cama, con su maravilloso cuerpo enredado en las sábanas y su melena rojiza sobre la almohada.

Eran imágenes demasiado peligrosas y excitantes. Se dio cuenta de

que iba a tener que quedarse sentado tras su gran escritorio de caoba hasta que se le pasara el efecto.

—Esa mujer ha conseguido cautivarme por completo —le dijo a Brent Davis con seguridad.

Su director de campaña se quedó callado unos instantes. Después asintió.

—O eres un mentiroso consumado o estás metido en un buen lío, amigo mío —le dijo entonces.

El flash la cegó por completo.

Parpadeó para recuperar la visión. La luz de la cámara de ese periodista se reflejó en el bello anillo de diamantes que lucía en su mano. Estaba de pie frente a la sede de la candidatura de Matthew en Hilton Head.

Habría preferido que no se gastara tanto en el anillo, pero él la había convencido diciéndole que el dinero que obtuviera cuando lo vendiera iría a parar a la asociación benéfica de su elección. El hecho de que la conociera tan bien después de tan poco tiempo fue lo que terminó por convencerla.

Brent Davis, el hombre que dirigía la campaña de Matthew, se acercó al micrófono que habían colocado en un improvisado escenario.

—Señoras y señores periodistas, muchas gracias de nuevo por su asistencia. Esto es todo por hoy.

Ashley forzó una sonrisa al ver que las cámaras seguían dirigidas hacia ella y dejó que Matthew la condujera hasta un coche que había allí aparcado.

El peso del anillo en su dedo le recordaba que, aunque no estaba comprometida con ese hombre, lo estaba con su candidatura. Estaba dispuesta a hacer lo que estuviera en su mano para que no ganara su oponente.

Se miró las manos y contempló de nuevo el anillo. Era muy bello. Pensó en la noche que habían compartido y en cómo él había estado desesperado por marcharse a la mañana siguiente. Temía haber cometido un error.

Y no se refería al falso compromiso, sino a la elección de su anillo. Era exactamente como había soñado siempre que fuera. Pero ya

nunca podría tenerlo porque ese tipo de sortija siempre le recordaría a Matthew Landis y el daño que ese hombre le había hecho.

Pensó en cómo había salido de puntillas de su dormitorio. Temía que saliera con la misma facilidad de su vida cuando esa relación ya no beneficiara su carrera política. Le disgustaba pensar así de él, pero ése era el aspecto que le había mostrado hasta el momento, el de un político interesado.

No creía que Matthew fuera un político al uso, pero sabía que se le daba bien hacer cambiar lo que hiciera falta para que todo saliera según le convenía. Sabía que tenía que mantener eso siempre presente para poder superar esa situación.

Se metió en la parte de atrás del coche. El chófer cerró la puerta tras ella. Era un automóvil muy lujoso, con suaves asientos de piel. Había un pequeño televisor encendido frente a sus asientos en el que podían ver un canal que sólo mostraba informativos durante las veinticuatro horas del día.

Matthew tiró su maletín al suelo y se abrochó el cinturón.

—Menos mal que ya ha pasado todo. Creo que tendremos tiempo para hablar un poco antes de que lleguemos a mi casa.

—¿Tu casa?

—Sí, deberías ir y familiarizarte con ella —repuso él—. Sería extraño que no conocieras la casa donde vivo.

—Claro, es verdad.

Intentó fingir indiferencia, pero le molestó que la única razón que tuviera Matthew para llevarla a su casa fuera algo tan práctico como lo que le había explicado.

—Entonces, ¿por qué no ha venido también con nosotros tu director de campaña? ¿Dónde está ahora?

—No lo sé —repuso Matthew encogiéndose de hombros.

—Pensé que quería comentarme algunos detalles de la agenda para los próximos días —le dijo mientras se cruzaba la chaqueta sobre el vestido.

Starr le había prestado un vestido con estampado floral para la rueda de prensa. Pero su hermana no tenía tanto pecho como ella y le quedaba demasiado ceñido. Y tener la pierna de Matthew rozando las suyas no estaba ayudándole a sentirse más cómoda. Se moría por estar de nuevo entre sus brazos y sentir sus caricias.

Se dio cuenta de que necesitaba comprarse ropa cuanto antes.

Creía que eso era lo que debería haber estado haciendo en vez de ir a la joyería a por un anillo de compromiso.

—Hablé con Brent y decidimos que ya te informaría yo. Él tiene mucho trabajo —le explicó Matthew mientras abría su maletín y sacaba una agenda—. Tengo un discurso mañana por la mañana en una asociación, es una especie de desayuno de trabajo. Por la tarde tengo una reunión con el equipo de mi campaña. El sábado por la noche, hay una cena para recaudar fondos. Tendrá lugar en un barco.

Dejó de leer para mirarla. Matthew no tenía ni idea de hasta qué punto le afectaba tenerlo tan cerca. Creía que si los *paparazzis* no hubieran conseguido esas fotografías tan comprometedoras, podría haber seguido con su vida. Sabía que se habría quedado muy decepcionada con él, pero al menos no tendría que intentar controlar continuamente la atracción que sentía por él.

—¿Ashley? —dijo él mirándola a los ojos—. ¿Me estás escuchando? ¿Tienes algún problema con estos eventos? No tienes que asistir a todos los actos. No es como si fueras la esposa del candidato.

—Claro que quiero ir. La verdad es que es fascinante poder estar involucrada en todo esto. Además, ahora mismo estoy sin trabajo. Todo está parado en Beachcombers hasta que la compañía de seguros tase los daños y nos pague.

Hizo todo lo posible por no llorar, pero lo único que quería era gritar desesperada. Toda su vida estaba fuera de control y a ella le gustaban las cosas simples, sin complicaciones.

Y Matthew Landis era todo lo contrario.

Vio que la miraba con preocupación.

—Podría prestarte dinero y…

—¡Ya basta! ¡Deja de ofrecerme dinero! —le dijo con algo más de intensidad de la que habría querido comunicar.

Quería que Matthew entendiera de una vez por todas que su orgullo y sus valores no permitirían que aceptara ni un céntimo de él. Pero se dio cuenta de que había sido demasiado dura y le sonrió.

—De todas maneras, gracias por la oferta. Eres muy generoso.

—No lo creas. La verdad es que la cantidad que necesitas es insignificante para mí.

Le hizo una mueca al escuchar sus palabras.

—¿Por qué has sentido la necesidad de convertir tu generosa

oferta en un comentario tan fuera de lugar?

—No estaba presumiendo, es que es la verdad.

Se imaginó que quizás fuera así, pero eso no cambiaba nada, seguía sin querer aceptar su dinero. No le parecía apropiado aceptar ese tipo de ayuda de un hombre con el que se había acostado.

Ya había ignorado muchos de sus valores para aceptar ese falso compromiso y no estaba dispuesta a ir más lejos.

—Veo a mucha gente rica por Beachcombers que escatiman céntimos en las propinas a las camareras. He visto lo suficiente como para saber que riqueza y generosidad no siempre van unidas.

—Como ya tengo suficientes debates en mi agenda, no rebatiré esa amable definición de mi carácter que acabas de brindarme.

Se mordió el labio para no decir nada más y se entretuvo contemplando el tráfico por la ventanilla. Lo último que quería era seguir hablando sobre las muchas cualidades que poseía ese hombre. Eso no iba a ayudarla en absoluto.

Matthew alargó un dedo hacia ella y le tocó la frente.

—Un céntimo por tus pensamientos —le dijo.

Forzó una sonrisa.

—¿Un céntimo? ¿No puedes mejorar esa oferta? Pensé que eras millonario…

Matthew se echó a reír. Un sonido que la afectó tanto como sentir sus brazos de repente sobre los hombros. Se estremeció y un fuerte deseo se despertó dentro de ella. Siempre le había atraído ese hombre, pero le era más difícil controlarse después de saber cómo era compartir una noche de pasión con él y hasta dónde podía llevarla cuando estaba dentro de ella.

Se inclinó hacia delante para apartarse de él.

—No hay necesidad de seguir con las muestras de cariño. No hay nadie aquí que nos pueda hacer una foto.

Matthew apartó el brazo muy despacio, pero seguía mirándola con sus ojos de niño travieso. Era un seductor nato y lo sabía mejor que nadie.

—No pretendía excederme —le dijo.

—Acepto tu disculpa.

No le gustaba ser tan fría y seca, pero no podía hacer otra cosa. Le costaba ser fuerte cuando no la tocaba, pero si le ponía la mano encima, ya no sabía cómo salir de la situación. Le había encantado

que la acariciara toda la noche, pero no había podido superar aún cómo había hecho que se sintiera a la mañana siguiente.

—Entonces, ¿cuánto valen tus pensamientos?

—La verdad que ahora mismo los estoy repartiendo gratis —le dijo ella para intentar cambiar de conversación y llevarla a un terreno más seguro—. Me estaba preguntando algo… Pero me temo que no es de buena educación decírtelo.

—Soy político, he aprendido a soportar todo tipo de comentarios y preguntas.

A ella le hubiera encantado tener ese talento.

—Muy bien —comenzó ella con más confianza—. Supongo que es deformación profesional. La contable que llevo dentro se estaba preguntando cómo habría conseguido tu familia hacerse con una fortuna tan importante.

—La verdad es que ha sido cuestión de suerte —le dijo él mientras se rascaba la barbilla—. Mi bisabuelo compró unos terrenos que se vendieron muy bien años después. Pero fue pura suerte, la inversión podría haberle salido mal.

No podía dejar de mirar cómo movía la boca mientras hablaba. Recordaba con demasiada exactitud cómo esos mismos labios habían explorado su piel la otra noche, deteniéndose en las partes más sensibles.

Carraspeó para aclararse la garganta y concentrarse en el tema del que estaban hablando.

—¿Dónde estaban esos terrenos?

—En la playa de Myrtle —repuso él.

Era un lugar de veraneo exclusivo, donde las familias más pudientes del estado se construían sus mansiones.

—Eso explica muchas cosas… —comentó ella.

Le llamó la atención que quitara importancia a la manera en la que su familia se había hecho rica. Pero una riqueza así no crecía sola.

—Explica muchas cosas, pero no todo —insistió ella—. Muchas familias se gastan las herencias antes de que llegue la siguiente generación.

—Hemos invertido ese dinero de manera bastante inteligente durante décadas —reconoció Matthew mientras jugaba con los gemelos de su camisa.

Parecían antiguos. Se acercó más y vio que tenían las iniciales de su padre.

—Siempre hemos vivido bien, pero sin perder el norte y pendientes de que los bienes fueran creciendo.

—Muy inteligente.

Pensó en muchas maneras de incrementar una cartera tan importante como la de los Landis. Después de todo, ése era su campo de trabajo. Envidió a la persona que se encargara de jugar con todo ese dinero.

—Las familias crecen. Así que siempre hay que alimentar los ahorros familiares para que no vayan haciéndose cada vez más pequeños.

—Así es —le dijo él—. Hemos tenido la suerte de poder elegir las profesiones que nos gustaban sin tener que preocuparnos por el dinero.

Le emocionó que apreciara lo que tenía y la fortuna de poder tener esa vida. Le gustaba todo lo que iba descubriendo en él y se dio cuenta de que debía tener mucho cuidado con ese hombre si no quería salir herida.

—Es admirable que todos penséis así cuando podíais haber elegido tener una vida fácil, de lujo y diversión.

El conductor frenó de repente. Estaban metidos en un atasco por culpa de un accidente. Iban a tardar más de lo que se había imaginado y decidió que lo mejor que podía hacer era mantener viva la conversación.

—Te podías haber dedicado simplemente a viajar y ver mundo. A nadie le habría extrañado que lo hicieras —le dijo.

—Supongo que podría hacer ese tipo de locuras, pero no es mi estilo. Me gusta jugar al golf tanto como a cualquiera —le comentó mientras señalaba un campo lleno de golfistas—. Pero no soy lo suficientemente bueno como para dedicarme a ese deporte de manera profesional. La política me mantiene en contacto con el resto del mundo, hace que siga siempre con los pies en la tierra. Mi hermano Kyle dice lo mismo de su trabajo en las fuerzas aéreas.

La conversación no iba según lo previsto. No le estaba ayudando. Todo lo contrario, cada vez le gustaba más. Rezaba para que salieran pronto de ese atasco. Antes de que hiciera alguna tontería.

—¿Y tu hermano Sebastian?

—Él es abogado, experto en temas económicos. A él tenemos que agradecerle tener un futuro más que seguro.

—¿Y Jonah?

—Aún no sabemos que hará con su vida —repuso Matthew con una sonrisa algo tensa.

—Es el más joven, ¿verdad? —preguntó ella—. Creo que leí no hace mucho que acababa de terminar sus estudios en la universidad.

—Así es, pero eso no es excusa para que se dedique únicamente a divertirse y viajar —repuso Matthew con el ceño fruncido—. No sé cómo mis padres han podido criar a un hijo que les ha salido vividor.

Se quedó callada al escucharlo. Se estaba dando cuenta de que Matthew Landis no era sólo un hombre atractivo, rico y con carisma para la política. Había mucho más. Cada vez se sentía más atraída por él. Era como si tuviera un magnetismo especial que la afectara aunque no lo estuviera tocando.

—Se te da bien escuchar, Ashley.

—Y a ti hablar —contestó ella con sinceridad—. Estoy deseando oír todo lo que tengas que decir en esas reuniones de trabajo a las que asistiremos juntos. Estoy convencida de que eres el mejor candidato para ese puesto y haré todo lo que esté en mi mano para que lo consigas.

—Gracias. Lo has dicho como si lo pensaras de verdad.

Se sonrieron sin dejar de mirarse a los ojos. Era muy consciente de que estaban los dos solos en la parte de atrás de un coche y que los separaba del chófer un cristal oscuro. La sensación de intimidad era desconcertante. Llegó incluso a inclinarse hacia él antes de que su mente fuera consciente de lo que estaba haciendo y la detuviera a medio camino.

—¿Qué problema tienes entonces? —le preguntó Matthew mientras acariciaba su ceño fruncido con suavidad.

—No tengo ningún problema en ir a todas esas conferencias y cenas contigo —repuso ella intentando ignorar su caricia—. Lo que me preocupa son temas meramente logísticos. No sé cómo voy a poder ir a Charleston y volver cada día a tiempo para poder asistir a todos los eventos.

—¿Y quién ha dicho que tendrías que ir a Charleston y volver?

Sus palabras la dejaron sin aliento. Se quedó con la boca abierta y el pulso se le aceleró. Podía soportar fingir un compromiso entre los

dos, pero irse a vivir con él eran palabras mayores. Lo miró incrédula. Pensó que Matthew debía de haberse bebido todos los licores del mueble bar del coche sin que ella se diera cuenta.

Capítulo 6

Ashley llegó a considerar que no sería mala idea después de todo abrir alguna de las botellas que había en el mueble bar. No eran horas de tomarse una copa, pero lo necesitaba. Si la policía no conseguía despejar pronto la carretera, podían estar allí atascados durante horas y no se veía capaz de soportarlo.

Tiró del vestido hacia abajo. Había sentido la ardiente mirada de Matthew en sus piernas un par de veces y se sentía incómoda.

—¿Estás sugiriendo que me vaya a vivir contigo? ¡No quiero ni pensar en lo que diría la prensa entonces!

—Pero estamos prometidos —repuso Matthew agarrándola por el codo.

Ella lo apartó deprisa. No quería que la tocara. Ya se había dejado llevar una vez por la atracción que sentía por él y no le había traído más que problemas. Había tenido que verse medio desnuda en la primera página de muchos periódicos.

—¡No seas tozudo, Matthew, y deja de tocarme!

Vio cómo la miraba con los ojos entrecerrados. Se arrepintió de lo que le había dicho. Sabía que sólo había conseguido encender más aún su interés y su espíritu competitivo.

—Así que aún te sientes tan atraída por mí como yo por ti —le dijo él mientras apartaba despacio el brazo.

Estaba claro que le gustaba jugar, pero ella no iba a rendirse.

—Si sigues hablando de esa manera no vas a conseguir convencerme para que vaya a vivir a tu casa.

Matthew le dedicó media sonrisa.

—Tienes razón —repuso él—. Dentro del recinto familiar hay varias propiedades. Allí viven también dos de mis hermanos. Todos tenemos nuestra propia zona. Mi madre y el general viven entre Washington y Carolina del Sur. Él está ahora mismo en el Pentágono, pero mi madre se ha quedado en casa, así que tendremos carabina.

—¿Qué quieres decir con que todos tenéis vuestra propia zona? —le preguntó con suspicacia.

Matthew acababa de dejarle claro que ella aún le atraía. Pero no le gustaba la idea de tener una aventura con él cuando llevaba un falso anillo de compromiso. Sabía que era irónico que se hubiera acostado con él antes y no estuviera dispuesta a repetir cuando a ojos de los demás estaban prometidos, pero así era como se sentía.

—¿Es que tenéis todos vuestra propia suite en la misma casa? Aun así, me imagino que tendréis que veros por las mañanas —le dijo ella.

—Pensé que el otro día te enfadaste conmigo por todo lo contrario, por no quedarme a desayunar.

Lo miró con el ceño fruncido. Le entraron ganas de darle un codazo, pero no quería que viera hasta qué punto le afectaba lo que le decía.

—Eso es parte del pasado y ya no es relevante.

—De acuerdo —repuso él—. Jonah y Sebastian tienen cada uno varias habitaciones en la casa, supongo que podrías llamarlas «suites». Jonah vive allí desde que se licenció y Sebastian desde que se separó de su mujer. Kyle está en un piso cerca de la base militar de Charleston. Yo vivo en la antigua casa de carruajes, que se remodeló para hacer allí una vivienda. ¿Te parece bien?

Se dio cuenta de que parecía buena idea. Su cuñado acababa de volver de una misión y, aunque Starr y David le habían dicho que les encantaría tenerla en casa, no se le olvidaba que estaban recién casados y que tenían que celebrar la noticia del embarazo. Quería darles la oportunidad de estar solos unos días y sabía que sería absurdo tener que conducir entre Charleston y Hilton Head varias veces al día.

El plan de Matthew parecía lo más lógico y ella era una mujer práctica.

—De acuerdo, así lo haremos. Gracias. Sólo espero que tus hermanos no se paseen por la casa en calzoncillos.

—Por eso no te preocupes —le dijo él con una picara sonrisa que consiguió estremecerla—. Si los veo de esa guisa, les daré una buena patada en el trasero.

Se quedaron en silencio y Ashley se entretuvo mirando por la ventana.

Había crecido en Charleston, pero no conocía bien esa zona de la costa. Era una de las más exclusivas de todo el estado. Parecían haber sido capaces de domar la naturaleza sin que fuera evidente. El paisaje era bellísimo.

Fueron pasando impresionantes mansiones. Cada una parecía más grande y lujosa que la anterior. Se dio cuenta de que los dueños de

esas propiedades se podían permitir hacer lo que quisieran con el paisaje, incluso transformarlo a capricho.

Salieron de la carretera principal y siguieron por una sinuosa calle. Desde el coche sólo veía palmeras y cuidados céspedes.

Y llegaron poco después frente a una enorme casa blanca, de tres pisos y con tejados Victorianos. Desde allí se podía ver el océano. Distinguió las escaleras que subían hasta el segundo piso, donde un porche ofrecía las mejores vistas desde la casa. Y allí parecía estar también la entrada principal. Ventanas con celosías cerraban la mayor parte de la planta baja, que parecía ser una espaciosa zona de entretenimiento y ocio.

Muchas casas de Charleston seguían el mismo tipo de construcción. La verdadera vivienda estaba en las plantas altas para protegerla de las posibles inundaciones que podían traer los huracanes en esa zona del país.

Al lado de la mansión había un garaje con tantas puertas que perdió la cuenta. El chófer detuvo el coche a un lado de la casa. No sabía si mirar a las bellas azaleas que tenía tras ella o al océano que tenía delante. Se fijó en una piscina que había entre la playa y la casa. La habían construido para simular una laguna natural entre las rocas y vio que también había un jacuzzi.

—Mi casa está allí —le dijo Matthew mientras señalaba un cobertizo para carruajes que se veía entre los árboles.

La casa de Matthew era blanca y con contraventanas azules. Era más grande que la mayor parte de las casas que conocía. Estaba claro que procedía de una familia pudiente. Ella había crecido en la casa de su tía Libby, rodeada de familias ricas que llevaban décadas viviendo en esa histórica zona de Charleston, pero el estilo de vida de Matthew era completamente distinto. Ver dónde vivía no hizo sino recordarle lo distintos que eran sus orígenes.

Subió las escaleras hasta la puerta de entrada en la segunda planta. Se agarró a la baranda y contempló desde allí el agua.

—Estas vistas son increíbles —murmuró.

Matthew se acercó y le pasó de nuevo el brazo por los hombros. Esa vez no fue lo bastante fuerte como para apartarse y echar a perder el bello momento. Intentó convencerse de que lo hacía por si alguien los estaba observando en ese instante.

Se preguntó si a su familia le habría contado la verdad. Se

imaginaba que sí, pero no se había acordado de preguntárselo. No le extrañó que hubiera engañado al director de campaña. Matthew confiaba en ese hombre, pero ella había aprendido que era buena idea tener siempre cuidado.

Oyó una puerta abriéndose y volvió a la realidad. Se apartó de Matthew y se giró para ver de quién se trataba. Se encontró con una señora que se les acercaba desde la entrada principal. Aunque no la hubiera reconocido después de ver su imagen en los medios de comunicación durante años, no le habría costado saber que era la madre de Matthew.

Sus ojos, verdes e intensos, la delataban.

Ginger Landis Renshaw se acercó a ellos con paso seguro. Llevaba su pelo rubio perfectamente peinado, como si acabara de salir de la peluquería. Debía de tener unos cincuenta años, pero no lo parecía, tenía un aspecto excelente. Llevaba pantalones vaqueros y un jersey de punto rosa con chaqueta a juego. Las perlas no faltaban adornando su cuello. No era como se la había imaginado y le alivió ver que su presencia no la intimidaba tanto como había temido.

Llevaba mucho tiempo viéndola en las noticias. Siempre tenía una respuesta inteligente y era firme cuando la cuestión lo requería. La observó en ese instante, mirando a su hijo y después a ella y se dio cuenta de que parecía mucho más dulce y cercana.

—Madre, te presento a Ashley —anunció Matthew—. Ashley, mi madre.

Ginger alargó las manos y tomó las suyas con fuerza.

—Bienvenida a nuestra casa. Siento mucho que se haya quemado tu restaurante, pero me alegra ver que estás bien y también que Matthew te haya traído para que te quedes con nosotros.

—Gracias por acogerme, senadora.

—Ginger, por favor, llámame Ginger.

—De acuerdo —contestó ella con poco convencimiento.

No se imaginaba tuteando a una mujer que cenaba casi todos los días con presidentes y senadores.

Notó que la madre de Matthew la estaba estudiando sin demasiado disimulo y de arriba abajo. Se imaginó que, si estaba allí, era porque alguien le había pedido que cambiara su imagen.

—Es un placer y un honor conocerla —le dijo con algo de inseguridad.

—¿Te pasa algo, querida? —le preguntó la mujer ladeando la cabeza.

—No, no me pasa nada. Me siento muy agradecida.

—Pero… —insistió Ginger.

—¿Está aquí porque el director de campaña le ha pedido que cambie mi imagen?

—¿Por qué iba a hacer algo así? Está claro que mi hijo te ve perfecta tal y como eres.

—Gracias por decir eso.

Lo que le había dicho la senadora parecía implicar que no sabía que el compromiso era una farsa. Le sorprendió que Matthew fuera tan reservado como para no contarle la verdad a su familia. Pero se dio cuenta entonces de que ella había hecho lo mismo con sus hermanas.

Matthew se acercó a su madre y le dio un beso en la mejilla.

—Siempre tan diplomática —le dijo con cariño—. Bueno, voy a ayudar al chófer con las maletas.

Ginger entró en la casa y ella la siguió. Vio entonces que el reportaje que había visto en la revista de decoración no le había hecho justicia a ese sitio.

Una de las paredes era una inmensa cristalera que iluminaba la sala hasta su alto techo abovedado. Los suelos de madera estaban cubiertos de alfombras persas. Vio dos impresionantes sofás en azul claro y varios sillones a un lado.

—Deja que te enseñe tu dormitorio. La vista del océano es impresionante.

—Tiene una casa maravillosa. Quiero agradecerle de nuevo que deje que me quede aquí. Estoy deseando deshacer mi maleta e instalarme.

—No te preocupes por eso, querida. No vas a necesitar la ropa de tu hermana.

Entraron en un dormitorio lleno de luz y de los aromas procedentes de varios jarrones con flores recién cortadas.

—No entiendo nada… ¿No me acaba de decir que no tendré que pasar por un cambio de imagen?

—Así es, pero no he dicho que no podamos ir las dos de compras.

Se dio cuenta de que se le daba tan bien jugar con las palabras como a su hijo. Vio que le convenía tener mucho cuidado si iba a

vivir unos días con políticos como ellos.

—Todas tus cosas se destruyeron en el incendio —le dijo la senadora—. Es obvio que necesitas ropa nueva, sobre todo después de lo que ha pasado con mi hijo. Además, tendréis que aparecer juntos en muchos actos políticos y benéficos.

—Pero no puedo permitir que Matthew me compre la ropa.

—Tienes que asistir a esos eventos por él. Lo más justo es que se haga cargo de los gastos.

—¿Qué le parece si dejo que Matthew pague la ropa que llevaré a los actos oficiales y yo me encargo de todo lo demás? —le preguntó ella entonces.

—Me parece justo y muy honrado por tu parte.

—El director de campaña de Matthew me ha dicho que los medios van a atacarme continuamente.

—Nadie espera que cambies tu manera de ser. Estamos aquí para encargarnos de que estés cómoda y sigas siendo tú misma. Y lo haremos comprando ropa que tú elegirás y dándote algunos consejos muy útiles para poder enfrentarte a la prensa.

Esa mujer cada vez le gustaba más y sabía que eso era un problema. Cualquier lazo que formara con su familia durante esas semanas no iba sino a hacer más complicada su marcha.

Estaba a punto de terminar el que era sólo el primer discurso del día y ya estaba sudando.

Pero no podía echarle la culpa a la multitud allí presente, a los focos ni al calor de verano. Si le ardía la sangre en las venas era por culpa de la mujer que tenía sentada a su lado en el escenario. Una joven que no había dejado de observarlo con atención durante todo el discurso.

El vestido recto de Ashley parecía estar resbalándose permanentemente sobre sus muslos, revelando unas rodillas que ella se empeñaba en cubrir. Era un gesto inocente, pero le dio la impresión de que iba a sufrir un infarto por su culpa.

Cuando su madre le dijo que salían a comprar, pensó que se limitarían a trajes conservadores como los de la senadora, pero habían elegido un vestido recto en color verde esmeralda que dibujaba la figura de Ashley. Con su pelo rojizo recogido hacia atrás

con un simple prendedor, resultaba muy bella y elegante con ese atuendo. Tanto que no podía dejar de mirarla.

Terminó su discurso y el presidente de la asociación donde estaban se acercó al micrófono para invitar a la prensa a participar. Se puso en pie una periodista de mediana edad.

—Señorita Carson, ¿por qué no nos cuenta cómo le pidió el congresista Landis que se casara con él? ¿Ocurrió antes o después de que aparecieran las reveladoras fotos en los periódicos?

Frunció el ceño al ver que los periodistas no iban a centrarse en los importantes temas que centraban la campaña. Su director de comunicación se puso en pie al oír la pregunta.

—¡Por favor, Mary! —le pidió Brent Davis a la periodista—. ¿Por qué no le dais un respiro?

Ashley acarició el brazo de su prometido y lo apartó suavemente del podio.

—No pasa nada. Me gustaría responder —anunció.

Notó que Brent se quedaba sin respiración al escucharla. Y él también estaba preocupado.

—Como podrán imaginarse, Matthew está preocupado por mí y la presión que supone una campaña electoral. No quería que la prensa me atosigara continuamente. Por eso trató de mantener nuestra relación en secreto. Así que resolví el problema pidiéndoselo yo a él.

Todo el mundo se echó a reír y los periodistas anotaban como locos en sus cuadernos. Tenía que admitir que había conseguido responder a la pregunta muy bien sin faltar a la verdad.

—Tendrán que perdonarme, pero el resto de los detalles son muy personales y privados.

Todos rieron de nuevo y Ashley esperó pacientemente a que pasara la algarabía.

—Y he aprendido lo suficiente como para saber que siempre hay que intentar terminar con algo positivo, así que no añadiré nada más. Gracias por invitarnos —les dijo ella a modo de despedida.

Se acercó a Ashley y, colocando la mano en la parte baja de su espalda, la acompañó hasta la salida del escenario. La puerta se cerró tras ellos y dejaron de oír los aplausos y las cámaras de fotos. Capturó sus labios antes de que pudiera pensar en lo que estaba haciendo.

Ashley había conseguido embelesarlo por completo en el escenario. Creía que había brillado con luz propia. Se había

prometido mantener las distancias por el bien de ella, pero no había tardado demasiado en olvidarse de todo.

La tenía de nuevo entre sus brazos y era demasiado duro no aprovechar al máximo ese momento antes de separarse. Y cuando lo hizo, la abrazó contra su torso.

—Has hecho un trabajo excelente respondiendo a esa periodista.

—Contesté con sinceridad —le dijo Ashley mientras agarraba las solapas de su chaqueta.

—Contestaste con maestría —repuso él dando un paso atrás—. Hay que tener talento para hacerlo.

—Ha merecido la pena ver cómo tu director de campaña palidecía y se quedaba sin aliento.

—Esperaba que no te hubieras dado cuenta.

—No tiene ninguna razón para confiar. No sabe nada de mí —le contestó ella frunciendo el ceño—. Por cierto, Matthew, he estado esperando el momento adecuado para preguntarte algo, pero parece que siempre hay gente alrededor y no he tenido la ocasión de hacerlo. ¿Por qué no le has contado la verdad a tu familia?

—¿Por qué no lo has hecho tú?

—No vas a salir del paso contestándome con otra pregunta.

—Casi todo en mi vida es de dominio público, así que intento mantener el resto sólo para mí. Por otro lado, mi familia se preocuparía mucho. Supongo que es por eso por lo que no se lo has dicho tú a tus hermanas.

—Eres muy perspicaz.

Ashley se relajó de nuevo contra su torso. Le gustó sentirla tan cerca.

—Siento haberte puesto en esta posición. Si pudiera volver atrás y cambiar las cosas…

Pero no pudo seguir hablando porque la verdad era que no se arrepentía, no lamentaba haber pasado esa noche con ella, incluso después de ver que todo se había torcido en su vida.

Ashley no dejaba de mirarlo a los ojos y vio cómo se entreabrían sus labios. Ella se puso de puntillas y tuvo que besarla de nuevo. Rozó suavemente su boca una y otra vez, después mordió sus labios, pero eso no hizo sino acrecentar su deseo. Intentó convencerse de que podían seguir por ese camino, que no tenía nada de malo que exploraran la atracción que sentían. Le tentaba la idea de tener una

breve aventura con ella y volver a probar su cuerpo.

Pero entonces se abrió la puerta que conectaba con el escenario y el momento se echó a perder. Su director de campaña se acercó deprisa hacia ellos sin molestarse en cerrar la puerta. Se imaginó que los reporteros estarían encantados con la oportunidad de hacerles más fotos juntos.

—Muy bien, tortolitos. Vámonos, tenemos la agenda llena de actos —les dijo Brent con energía.

Se quedó mirando a Ashley mientras ésta seguía al director de campaña. No quería una relación seria ni compromisos de ningún tipo. Por encima de todo, no estaba dispuesto a entregar de nuevo su corazón a alguien. Pero, mientras observaba a esa mujer andando con más decisión y seguridad que nunca, se dio cuenta de que no le iba a ser tan fácil como pensaba alejarse de ella.

Capítulo 7

Ashley disfrutó contemplando los reflejos que la luna hacía en el agua. Apoyada en la barandilla del barco que en ese momento amarraban al muelle, pensó en las miles de preguntas que había tenido que contestar durante los dos días anteriores. Había saludado a centenares de personas y tomado decenas de bebés en sus brazos.

Lo último había sido lo más sencillo porque esos pequeños electores no podían votar. Y no se había dado cuenta hasta la mañana siguiente, cuando vio su imagen en la prensa, que la habían engañado para que participara en uno de los gestos más gastados de toda campaña política. Había sido agotador tener que controlar cada gesto y medir cada palabra, sobre todo cuando Matthew y ella se conocían tan poco.

La cena de esa noche había sido muy agradable. El barco proporcionaba un escenario de lo más romántico y la comida había sido deliciosa, aunque no se le pasó por alto que el evento hubiera resultado mucho mejor de haberse podido celebrar en Beachcombers, su restaurante. Lo peor de toda la velada había sido el poco tiempo que había podido pasar con Matthew. Y no sabía por qué eso le disgustaba tanto, sabía que no tenía derecho a sentirse así.

Decidió olvidarse de ello y concentrarse en la belleza que la rodeaba.

El barco brillaba con mil luces y la decoración de la fiesta era muy elegante.

Matthew salió entonces de entre las sombras. Llevaba en la mano un vaso de agua y vio que la miraba de arriba abajo con un innegable gesto de admiración. Recordó entonces que tenía que darle de nuevo las gracias a Ginger Landis Renshaw, su hada madrina. Una mujer que había sido lo suficientemente lista como para saber que no era una cenicienta que necesitara disfrazarse de princesa. Se había limitado a aconsejarla sin prescindir de sus gustos.

A ella, por ejemplo, nunca se le habría ocurrido elegir un vestido que mostrara sus hombros. Le acomplejaba saber que la escoliosis le había dejado uno más alto que otro y siempre intentaba esconder con tela su defecto. Pero cuando Ginger le mostró ese vestido…

Era color crema con bordados en hilo de oro. Tenía un profundo escote en pico tanto en la parte delantera como en la espalda. Siempre había soñado con tener un vestido de satén como aquél.

Matthew se terminó el agua, como si la visión le hubiera dejado la boca seca.

—¿Cómo es que no estás probando el magnífico champán que sirven en esta fiesta? —le preguntó.

—Me temo que sería un desastre mezclar alcohol con periodistas —repuso Matthew.

—Yo también estoy bebiendo agua, pero con una rodaja de lima.

—Deja que te traiga otro vaso. Quiero pedirte perdón por haberte ignorado durante toda la noche.

—Gracias —repuso ella.

Le agradó ver que no se le había pasado por alto que apenas habían estado juntos esa noche.

Se apoyó de nuevo en la barandilla y se quedó ensimismada mirando a las parejas bailando en la cubierta. La brisa marina le llevaba fragmentos de conversaciones. No prestaba atención, pero tampoco podía evitar escucharlos. Pero algo cambió de repente.

—Esa chica lo ha hecho mejor de lo que esperaba —dijo alguien.

—Pero eso no es decir demasiado —contestó otro hombre—. Tú no esperabas demasiado.

La voz le era familiar, le sonaba haberla escuchado esa misma tarde cuando alguien la llamó para informarla por teléfono de la agenda del día siguiente.

—¿Qué quieres que te diga? —contestó Brent Davis—. No es el tipo de mujer que habría elegido yo para acompañarle durante la campaña ni tampoco como esposa. No aporta nada a la escena política, sólo esa tímida sonrisa suya. Pero ¿qué le vamos a hacer? Ya está hecho. Matthew tendrá que jugar con las cartas que tiene. Al menos sabemos que ella no va a eclipsarlo.

Sus últimas palabras le hicieron mucho daño.

—Ginger ha hecho un buen trabajo con el cambio de imagen —apuntó el otro hombre—. Ni va demasiado llamativa ni parece una bibliotecaria. El vestido es elegante, pero Ashley no parece que vaya disfrazada con la ropa de mamá.

—Ése es otro problema, la edad. ¿En qué demonios estaba pensando Matthew? Ella no debe de tener más de veinticuatro, la presión va a poder con ella.

Ya había oído suficiente. No estaba dispuesta a quedarse allí, escuchando como una asustada e insegura quinceañera. Esas palabras

le habían hecho daño y le recordaban de nuevo que no era el tipo de mujer que Matthew debería tener a su lado. Pero tenía que asegurarse de que no supieran hasta qué punto le afectaban ese tipo de comentarios.

Se acercó a los dos hombres con paso seguro.

—No tengo veinticuatro, sino veintitrés. Tú, mejor que nadie, deberías saberlo. Pero me alegra ver que, según tus apreciaciones, tengo la madurez de una mujer de veinticuatro —le dijo a Brent Davis —. A lo mejor tampoco sabes que me licencié con honores en la universidad de Charleston.

—¡Maldita sea! —exclamó Brent con una mueca—. No te habíamos visto. Lo siento mucho. No debería haber hablado así en un sitio público. Estaba fuera de lugar.

—Acepto la disculpa.

No quería convertir a ese hombre en un enemigo, pero tampoco quería su compasión. Ya sabía ella que no era la mujer que le convenía a Matthew Landis.

—Pero me gustaría recordarte un consejo que me dieron hace muy poco tiempo: nunca digas nada que no quieras ver repetido en algún otro sitio.

—Muy bien —repuso Brent Davis mientras miraba a su alrededor para asegurarse esa vez de que nadie más lo oyera—. Pero tienes que saber que llevo muchos años en la política y veo que no estás hecha para esto. Martin Stewart es un rival astuto y tu presencia no ayuda a Matthew.

Antes de que pudiera contestar, el propio Matthew apareció a su lado.

—¡Ahí estás! Pensé que te había perdido por culpa de los periodistas —le dijo mientras le ofrecía un vaso—. Aquí tienes, agua con gas y un poco de lima.

—Gracias —repuso ella tomando un sorbo.

Matthew los miró con el ceño fruncido.

—¿Va todo bien?

Ashley se concentró en mirar el vaso de agua. No estaba dispuesta a hacer una escena que enfrentara a Matthew con su director de campaña.

—Todo va bien —le aseguró—. ¿Por qué no iba ser así? Davis estaba comentándome cómo puedo serte de mayor utilidad en la

campaña.

Matthew rodeó su cintura con el brazo y miró a los otros dos hombres.

—Ashley no tiene que hacer nada especial, sólo ser ella misma —les dijo.

—Me preocupáis mucho vosotros dos —les dijo Brent.

—Limítate a hacer tu trabajo —repuso Matthew con frialdad—. Si tienes algo más que decir sobre este tema, lo haremos más tarde en las oficinas centrales.

—Tú mandas —contestó Brent Davis mientras se alejaba de ellos en compañía del otro hombre.

Matthew se quedó mirándolos con gesto suspicaz. Después la miró a ella.

—¿Han dicho algo que te haya molestado?

—No, nada. De verdad. Todo está bien —repuso ella.

Matthew le acarició la mejilla con ternura. Después, y antes de hablarle de nuevo, miró a su alrededor como lo había hecho Brent.

—Pareces agotada. Y tienes ojeras.

Su preocupación le recordó lo que acababa de decirle Davis y acabó con su paciencia. Tenía los sentimientos a flor de piel y Matthew no le estaba ayudando a controlarse.

—Parece que sabes muy bien lo que decirle a una chica para que se sienta guapa —repuso ella.

—Estás preciosa, pero pareces cansada. Sé mejor que nadie que las campañas electorales pueden ser agotadoras —le dijo Matthew—. Vamos a irnos ya.

—Pero… No puedes irte —repuso ella mirando a la gente que bailaba—. Esta es tu fiesta.

—Sí, pero puedo irme cuando quiera. Ya estamos en el muelle y hay más gente desembarcando. Aprendí hace mucho que no puedo quedarme en estos eventos hasta el final. Entonces es cuando las fiestas se vuelven locas y eso no favorece en nada la imagen de un político.

Consiguió convencerla. Sonrió y tomó el brazo que le ofrecía.

—Vámonos antes de que la señora Reis se emborrache y cuelgue su sujetador del palo mayor.

—Vaya, ahora no voy poder quitarme esa imagen de la cabeza —le dijo él con sarcasmo.

—Encantada de poder complacerte —repuso ella.

Matthew la miró entonces con los ojos entrecerrados.

—No sabes cuánto me complaces, Ashley Carson, más de lo que te imaginas —le dijo al oído—. Y no sabes cuánto siento haber arruinado la oportunidad de poder complacerte de nuevo.

Sus palabras la estremecieron y se quedó sin aliento. Sabía que Brent Davis tenía mucha experiencia en la política y tendría sus motivos para decirle que no era el tipo de mujer más conveniente para Matthew. Pero, aunque sólo fuera por esa noche, estaba decidida a llevarse un bello recuerdo de esa historia que pudiera atesorar para siempre.

Matthew y Ashley pasearon por su playa privada al volver de la fiesta. No podía quitarse de la cabeza que había ido demasiado lejos al decirle a Ashley algo tan sugerente antes de abandonar la fiesta esa noche. Quería tener con ella una aventura, pero se daba cuenta de que no iban a tener demasiado tiempo. Estaba convencido de que ella saldría huyendo de ese estilo de vida en cuanto tuviera una oportunidad.

Pero todos los besos y caricias que habían tenido que fingir en beneficio de la prensa y los votantes estaban haciendo mella y apenas podía controlar su libido. Le había sugerido dar un paseo por la playa antes de retirarse porque había creído que era la mejor manera de refrescarse un poco antes de acostarse. Sabía que iba a ser una noche muy larga, otra noche que pasaría solo. Deseaba tenerla en su cama, pero sabía que Ashley sería lo bastante inteligente como para pararle los pies si llegaba el caso.

Ashley salió corriendo hacia las olas. Riendo mientras saltaba en el agua. La brisa hacía que su chal dorado ondeara y sólo tenía ojos para el tentador cuerpo que ese vestido realzaba de forma sugerente. No había dejado de soñar con esas curvas y sus manos se morían por recorrerlas de nuevo.

Se subió la falda del vestido para no mojarla, dejando sus piernas al desnudo hasta medio muslo. Corrió un poco más y después se giró hacia él. Llevaba la melena suelta y le caía salvaje sobre los hombros.

—¿De qué solías disfrazarte en Halloween cuando eras pequeño?

Su pregunta le sorprendió más que ninguna de las que le habían

hecho los periodistas más versados durante esos días de campaña. Se imaginó que tampoco le ayudaba que su mente estuviera en esos momentos completamente bloqueada por culpa de esa mujer.

—¿Cómo? Estoy acostumbrado a preguntas de todo tipo, pero la tuya me ha descolocado por completo, la verdad.

—Entonces supongo que ha sido una pregunta muy buena —repuso ella entre risas—. Es que me estoy dando cuenta estos días de que apenas nos conocemos. Y eso podría ser un problema si nos entrevistan. Por eso te lo he preguntado. Háblame de tu infancia y de cómo celebrabas esas fiestas.

Se quedó callado y pensó en las fotos que su madre guardaba en decenas de álbumes.

—De policía. Me vestía de policía en Halloween.

—¿Y de qué más?

Se quedó pensativo un momento. Después negó con la cabeza.

—Siempre de policía. De nada más. A mi madre le sacaba de quicio. Se empeñaba en hacernos ella misma los disfraces cada año, pero yo siempre le pedía el mismo. Sólo iba cambiando la talla.

—Si querías ser policía, ¿por qué te metiste en política?

—Y ¿quién ha dicho que quisiera ser policía de mayor? Sólo porque me disfrazara así de pequeño no quiere decir que… Bueno, de acuerdo, supongo que tu pregunta es lógica. Pero es que los Landis nos dedicamos a la política; está unido al apellido. Lo natural era que siguiera por ese camino.

—Pero tu padre estuvo en las Fuerzas Aéreas antes de hacerse senador —le dijo Ashley mientras se apartaba el pelo de la cara—. Y tus hermanos han elegido carreras muy distintas.

—Es verdad —repuso él mientras recordaba su infancia y cómo se disfrazaban—. Pero, de un modo u otro, lo que queremos es servir a nuestro país.

—Eso lo podías haber hecho también como policía.

—Mi padre murió…

Noto que Ashley aminoraba el paso para quedarse a su lado. No le tocó, pero estaba presente, muy presente.

—Supongo que sería muy duro para ti.

—No llegó a terminar la legislatura…

Le parecía muy triste el concepto de dejar algo inacabado. Su padre no había podido concluir su tiempo en el Senado y Dana no

llegó nunca a recoger su título de licenciada. El suyo fue un compromiso que nunca llegó a realizarse frente a un altar.

—Tu madre sí que ha podido completar su legislatura. Y la verdad es que lo ha hecho muy bien. La vida acaba siempre por encontrar un lado bueno a las cosas y podemos aprender hasta de las cosas negativas. Es sólo cuestión de tiempo.

—Tienes razón.

Sabía que tenía que recordar eso y concentrarse en las razones que tenía él para conseguir ser senador sin pensar que lo hacía para otra persona. Le llamó la atención que Ashley le hubiera ayudado a recordarlo con sus palabras.

Lo que no entendía era por qué estaba contándole todo aquello en vez de aprovechar un paseo bajo las estrellas en compañía de una bella mujer. Ashley tenía tanto talento para concentrar la atención en otras personas que se imaginó que muchas perdían la oportunidad de descubrir lo fascinante que era ella.

Se acercó y le levantó con un dedo la barbilla.

—¿Y tú?

—¿Y yo qué?

—¿De qué te disfrazabas tú en Halloween?

No pudo evitar sonreír al imaginársela de niña. Seguro que había sido delgada, pequeña, con una melena que pesaba más que ella y con un corazón que no le cabía en el pecho.

—¿De qué te gustaba vestirte? Y quiero que me lo cuentes todo.

—De pirata, de cebra, de vagabunda, de ninja, de Cleopatra… —enumeró Ashley mientras contaba con los dedos—. De médico… ¡Se me olvidaba! Un año me disfracé de bolsa de patatas fritas. Starr iba de perrito caliente y Claire decía que iba de quiche. Pero nosotras nos burlábamos de ella diciéndole que no era más que una tortilla con trozos de panceta cosidos.

—¡Vaya! ¿Tu madre de acogida organizaba eso para todas sus niñas?

Se preguntó si Ashley era consciente de que se había acercado a él.

Su suave brazo no dejaba de rozar el suyo.

Se preguntó si estaría intentando seducirlo.

—La tía Libby tenía un enorme baúl lleno de viejos disfraces y ropa. Se pasaba todo el año metiendo allí lo que iba encontrando en

mercadillos —le dijo Ashley mirándolo con sus bellos ojos castaños—. La verdad es que no esperábamos a Halloween. Nos disfrazábamos casi cada día.

—Me encantaría ver fotos de todo eso.

Vio cómo su sonrisa se apagaba.

—Si no se han quemado en el fuego…

Rodeó sus hombros y la atrajo hacia él. Ashley no protestó.

—Cuéntame más sobre esas fiestas de disfraces.

—Todas éramos muy teatrales. Lo pasábamos muy bien inventándonos personajes. Podíamos ser cualquier cosa con nuestros disfraces puestos e inventarnos otros mundos. Ahora que lo pienso, creo que tía Libby usaba esos juegos como una especie de terapia para ayudar a unas niñas que llegábamos algo heridas a su hogar.

—Debió de ser una mujer increíble.

—Lo fue. La echo mucho de menos —repuso Ashley mirándolo de nuevo con intensidad—. Supongo que tanto como tú a tu padre.

Intentó aclararse la garganta, pero tenía un nudo que no le dejaba hablar.

Ashley metió las manos por debajo de su chaqueta y rodeó su cintura.

—¿Es por eso por lo que te metiste en el mundo de la política, para intentar sentirte más cerca de él?

Su cercanía consiguió aflojar la tensión que tenía en la garganta y fue capaz de hablar.

—Por eso empecé mi carrera política, sí. Después descubrí por qué había sido tan importante para él. No se trata de poder. No es eso… La sensación de ser capaz de cambiar las cosas desde la base es increíble. Y eso no es todo.

—¿Qué más hay?

—La verdad es que se ha convertido en un juego tan sucio que nadie en sus cabales querría participar en esta loca competición. Entre los buitres de la prensa y la ferocidad de los rivales, nadie puede llevar una vida tan perfecta y virtuosa como para soportar ese tipo de escrutinio. Tarde o temprano, aparecerá una mancha de sangre en el agua y los tiburones nos rodearán.

—Me estás angustiando mucho con esas palabras, Matthew. Por favor, ve al grano.

No pudo evitar reírse.

—Bueno, el caso es que voy a tener que ponerme a la altura de muchos de esos políticos. No puedo dejar que el miedo me mantenga fuera de la carrera política.

—Pero necesitamos que haya buena gente en el gobierno.

—Gracias —repuso él dándole un abrazo con la mano que rodeaba sus hombros.

—¿Gracias por qué?

—Por llamarme «buena gente».

No sabía cómo podía contestarle cuando sólo podía pensar en que el abrazo que acababa de darle había presionado uno de los pechos de Ashley contra su torso. Lo último que tenía en mente era cómo seguir siendo buena gente. Sólo podía pensar en hacerla suya allí mismo y en ese instante, detrás de la duna de arena más cercana.

Ashley se detuvo y dejó que sus sandalias cayeran. Después tomó sus zapatos e hizo lo mismo, agarrando sus manos.

—Has estado preocupado por lo del falso compromiso, ¿verdad?

Se quedó callado unos instantes.

—Es difícil tener que hacer algo que está mal usando razones justas y validas. Lo sé porque yo he estado luchando en mi interior con el mismo problema.

—Y ¿a qué conclusión has llegado?

—Sé que la buena gente es también humana y tiene derecho a equivocarse. A veces necesitamos tomarnos un descanso, aunque sólo sea un alivio temporal.

Acarició con los nudillos la suave piel de su cara y bajó hasta el cuello. Ashley lo miró. Sus ojos eran tan oscuros y brillantes como un pozo. Temió caer dentro de ellos y perderse para siempre.

La besó entonces. Tenía que hacerlo. Durante los dos días anteriores habían estado jugando y los dos sabían que aquello acabaría por suceder. Él había estado intentando controlarse para darle tiempo a ella de asumir lo que estaba pasando.

Pero esa noche, bajo las estrellas, la deseaba con locura y sentía que a Ashley le pasaba lo mismo. Notó cómo se acercaba a su cuerpo mientras la besaba. No había dudas ni temores en sus reacciones. Suspiró entre beso y beso y el sonido le recordó a los gemidos de la otra noche. Era una joven tímida, pero sabía que se convertía en una mujer desinhibida y pasional en la cama.

Ashley agarró las solapas de su traje con fuerza, atrayéndolo hacia

su cuerpo. Entreabrió sus labios y su lengua lo buscó con el mismo hambre que lo dominaba a él. Su boca sabía a lima y recordó lo que había estado bebiendo en la fiesta. Los pechos de esa mujer se aplastaron contra su torso de forma tentadora, imposible de ignorar. Se moría por tocarla sin ropa y sin interrupciones.

Le habría encantado hacerla suya allí mismo, al lado del mar y bajo el cielo estrellado, pero sabía que no era buena idea.

—Será mejor que entremos antes de perder totalmente el control —le dijo.

—Y antes de que alguien con un teleobjetivo consiga unas imágenes del político del año al desnudo —comentó Ashley.

—No es así como quiero que me recuerden.

Riendo, Ashley agarró su mano y corrieron hacia el antiguo cobertizo. Ella sujetaba con la otra mano el vestido para no pisarlo. Era extraño verla con un vestido tan formal, pero descalza y despeinada.

—¡Los zapatos! —exclamó él.

Había tirado de ella para que se detuviera, pero Ashley lo miró con los ojos llenos de deseo.

—¡Al infierno con los zapatos!

La miró. No podía decirle que no a nada, no cuando se mostraba más tentadora y apasionada que nunca. Sólo esperaba no sentir a la mañana siguiente que había perdido del todo el sentido común, le bastaba con haber perdido ya para siempre los zapatos.

Capítulo 8

Ashley agarró con fuerza la mano de Matthew mientras pasaban entre los robles de camino a la casa. La acogedora vivienda, blanca con contraventanas azules, brillaba como un faro con las luces de seguridad.

Tenía la piel cubierta de arena y estaba hecha un desastre. Pero, corriendo tras él entre las azaleas, nunca se había sentido tan viva como en ese preciso instante. Subieron deprisa las escaleras y Matthew no tardó ni un segundo en abrir la puerta y cerrarla tras ellos. La besó entonces de nuevo, aplastándola contra la pared.

Fue un beso mucho más intenso, un beso que la sacudió con la fuerza demoledora de un huracán. Matthew tenía las manos colocadas sobre la pared a ambos lados de su cara. Sólo necesitaba usar sus labios para seducirla. Nada más.

Su boca sabía a la sal del océano y al limón del agua que había tomado en la fiesta del barco. El chal se resbaló por sus brazos y cayó al suelo.

Acarició con el pie uno de los gemelos de Matthew. Le agarró con fuerza la espalda. No podía dejar de acariciarlo, de atraerlo hacia ella hasta que no hubo ya aire entre ellos. Fue entonces cuando pudo por fin notar hasta qué punto la deseaba. Acarició con el cuerpo su firme miembro, se moría por sentirlo dentro de ella.

Matthew dejó de besarla en la boca para concentrarse en su cuello. Siguió tras su oreja y enterró la cara en su cabello. Estaba ardiendo, no aguantaba más.

—Ashley, tenemos que ir más despacio o no llegaré al dormitorio, ni siquiera al sofá.

Ella no quería detenerse. La corta distancia hasta el sofá de piel le parecía infranqueable.

—Pero ¿para qué vamos a movernos? Si llevas protección en el bolsillo, no tenemos que ir a ningún sitio. Prefiero hacerlo aquí y ahora mismo.

El gutural gruñido de Matthew, casi animal, la estremeció y excitó aún más. Notó que sacaba algo del bolsillo. Era su cartera.

—Llevo preservativos encima desde aquella noche. Sabía que la química que hay entre nosotros podría volver a arder en cualquier momento sin que pudiéramos hacer nada al respecto —le confesó Matthew.

Sacó un paquetito de la cartera y tiró ésta por encima del hombro.

Apenas fue consciente de lo que pasó a partir de ese momento. Matthew la besaba de nuevo y ella intentaba desabrocharle el cinturón.

Él le levantó con algo de dificultad el largo vestido hasta llegar a su cintura. Con impaciencia, agarró sus braguitas de satén.

Recordó entonces cuánto le había gustado comprar nuevos artículos de lencería. Entre ellos no había ni un conjunto de aburrida ropa interior de algodón.

Consiguió desabrochar sus pantalones y tomarlo entre sus dedos con una larga y sensual caricia.

No había tenido nada tan increíble en su vida como lo que sentía estando con ese hombre. Notó que Matthew apretaba la mandíbula, parecía estar también fuera de control, tiró con más fuerza de sus braguitas y acabó rompiéndolas.

Sintió entonces el frescor del aire sobre su ardiente piel.

—¡Ahora, Matthew! ¡Ya! —le pidió en un susurro contra su boca—. Olvídate de caricias y juegos…

—Si insistes… —gruñó él.

Lo observó mientras se colocaba el preservativo. Después, Matthew agarró su trasero y la levantó contra la puerta hasta que se deslizó dentro de ella. Fue increíble sentirlo de nuevo, llenándola de calor y sensaciones. Fue bajándola poco a poco y ella rodeó con sus piernas las caderas de aquel hombre, guiándolo hasta que fueron un sólo cuerpo.

Comenzó a sentir sacudidas dentro de ella antes incluso de que Matthew comenzara a moverse. Se dio cuenta entonces de que todo lo que había pasado durante los dos últimos días había sido como el juego previo de caricias y besos que antecede a ese tipo de intimidad.

Matthew se separó unos milímetros de ella para volver a embestirla con fuerza. Aquel movimiento la envió hasta cumbres de placer inesperadas.

Echó la cabeza hacia atrás mientras gritaba cada vez que una nueva ola podía con ella. Clavó los talones en el trasero de Matthew y él entendió que quería sentirlo con más fuerza y más deprisa. El placer fue creciendo más y más hasta que llegó también el clímax para él.

Su grito final la estremeció y se relajó totalmente entre sus brazos.

Se quedaron abrazados en silencio durante un tiempo, no podría

haber calculado cuánto. Después, Matthew la soltó despacio y sus pies por fin tocaron el suelo. Pero no la sostenían, sus músculos estaban agotados, demasiado débiles después del esfuerzo.

Matthew la tomó entonces en brazos.

—Te tengo, Ashley. Relájate.

Gimió y se dejó caer sobre su pecho. Creía que también se le había olvidado cómo hablar.

Atravesando el vestíbulo, Matthew se detuvo un segundo para que ella encendiera un interruptor en la pared. El salón se llenó de una tenue luz. Se relajó en sus brazos y aprovechó el momento para aprender más de él contemplando su casa.

Un sofá y sillones de piel granate llenaban la estancia. Desde ellos se podía contemplar el océano y una gran pantalla de televisión. El salón se comunicaba con un comedor y una moderna cocina.

De la gran sala salía un estrecho pasillo que sin duda llevaba a los dormitorios.

Matthew se detuvo al lado del sofá.

—¿Quieres quedarte aquí o te llevo dentro?

—Dentro, por favor.

Quería saber más de él. Quería conocer al hombre que se escondía tras el político. Sólo sabía de él que le gustaban los sofás de piel y que de pequeño quería ser policía.

—¡Qué bien! Da la casualidad de que yo también quería ir al dormitorio. De hecho, cualquier sitio donde pueda desnudarte es perfecto.

Quería vivir el momento y disfrutar de las sensaciones que estaba viviendo, pero seguía temiendo que aquello se le fuera de las manos y acabara sintiendo algo más por él. Sabía que aquella tenía que ser la última noche, no podía arriesgarse a ir más lejos.

Matthew se dio cuenta de que todo podía ser mucho más sencillo de lo que se había imaginado.

Llevó a Ashley en brazos a su habitación pensando que quizás hubiera exagerado la situación desde el principio.

Se llevaban bien y estaba claro que la química que había entre ellos iba más allá de una aventura de una sola noche.

Pensó que quizás debiera arriesgarse. Una amistad acompañada de

increíbles relaciones sexuales era una alternativa mejor que pasar el resto de sus vidas solos o metidos en relaciones que no los llenaban.

La besó con ternura en los labios antes de dejarla sobre la cama. Le gustó verla allí y sabía que le gustaría mucho más en cuanto despojara su bello cuerpo de la ropa que aún llevaba puesta.

Y vio que Ashley tenía lo mismo en mente porque se arqueó hacia él para besarlo con tal pasión que a él no le quedó ninguna duda, estaba lista para hacerlo de nuevo.

Se quitó la chaqueta y la dejó sobre la silla sin dejar de besarla. Ashley le deshizo el nudo de la corbata de manera apresurada y se la quitó. Después comenzó a desabrocharle la camisa y a acariciar su torso al mismo tiempo.

Él la besó en el cuello y bajó por sus hombros mientras le quitaba uno de los tirantes del vestido. Su ropa interior había quedado olvidada en el suelo del vestíbulo. Estaba casi desnuda.

No pudo evitar sonreír, estaba deseando tenerla entre sus brazos. Hundió la nariz en su piel y dejó que su aroma floral lo embriagara por completo.

—Al menos esta vez vamos a hacerlo en una cama…

Ashley le bajó los pantalones y él terminó de deshacerse de ellos.

—A mí me gustó lo del vestíbulo.

—A mí también —repuso él—. Pero esta vez vamos a tomárnoslo con más calma.

Lo cierto era que aquella mujer le gustaba en el dormitorio, en el vestíbulo o en cualquier otro sitio.

Le apartó los tirantes del vestido y fue bajándoselo poco a poco, entreteniéndose sobre todo al pasar por sus pechos y sus caderas. Cuando la elegante prenda cayó al suelo, contuvo el aliento y se quedó admirando su cuerpo. Le daba la impresión de que había pasado toda una eternidad desde que la viera desnuda por primera vez.

Sabía que era muy atractiva y había soñado desde entonces con ella. Pero, al verla de nuevo, se dio cuenta de que había olvidado algunos detalles. O quizás esa primera vez no se tomara el tiempo necesario para explorarla con cuidado. Vio, por ejemplo, que tenía un sensual lunar en la cadera. Lo acarició con sus dedos para poder recordarlo después.

El cuerpo de Ashley tenía incontables matices que no quería que

se le pasaran por alto. Decidió que tenía que grabarlos a fuego en su memoria.

Pero entonces ella colocó una mano en su torso y perdió la capacidad de pensar en nada más. Era el momento de sentir, de tocar, de dejarse llevar por todo aquello.

La besó en el cuello y recorrió sus clavículas con la lengua. Fue bajando por su cuerpo, acercándose peligrosamente a las sensuales curvas de sus pechos. La torturó todo lo que pudo hasta atrapar con su boca uno de los pezones. Se concentró un tiempo en uno y después en el otro. Le pareció la cosa más dulce del mundo, no se cansaba de ella, quería más. No entendía cómo podía desearla tanto, sobre todo teniendo en cuenta que acababan de hacer el amor en el vestíbulo.

Ashley se arqueó hacia él y los dos cayeron sobre la cama. Ella acarició su espalda hasta llegar a su trasero y asir con fuerza sus glúteos para atraerlo más hacia su ardiente cuerpo.

—Ahora, Matthew —le pidió ella.

Agarró las muñecas de Ashley y las apartó con cuidado.

—Esta vez vamos a ir más despacio, ¿es que ya lo has olvidado?

—Olvídate de eso. Tenemos toda la noche para ir más despacio —repuso ella con picardía.

La besó entre los pechos y dejó de agarrar sus muñecas para entrelazar sus dedos con los de ella. Fue bajando por su cuerpo, besando y mordisqueando sus costillas y después su estómago.

Sopló entonces con mucho cuidado y no dejó de descender por su anatomía hasta que la oyó gemir.

—Matthew…

—Voy a por todas —murmuró él contra su piel.

—¿Cómo?

Levantó la cabeza para mirarla a la cara, tenía a la vista y completamente expuesto su maravilloso cuerpo.

—Que voy a por todas, señorita. Conseguiré la victoria, sé cómo hacerlo… —le dijo de manera sugerente.

Ashley acarició la espuma que cubría la gran bañera y acomodó mejor su espalda contra el torso de Matthew. El cuerpo desnudo de ese hombre era el mejor sillón que había tenido nunca. El jacuzzi estaba dentro de su baño privado y justo debajo de una claraboya.

Daba la impresión de estar al aire libre sin perder un ápice de intimidad.

Después de que hicieran de nuevo el amor en el dormitorio, Matthew le había mostrado su enorme baño privado. Acababa de preparar el agua y de meterse en el jacuzzi cuanto Matthew regresó a su lado con champán y fresas. Cuando él se metió con ella en la bañera, el nivel del agua se elevó hasta cubrirle los pechos. Compartir ese baño con él estaba siendo una de las experiencias más sensuales que había tenido en su vida.

Quería relajarse, disfrutar del momento, beber el champán y deleitarse con el sabor de la fruta que Matthew le ofrecía a la boca. Pero no podía, los nervios atenazaban su estómago. Se daba cuenta de que las cosas se estaban complicando cada vez más con Matthew.

Una parte de ella le recordaba que debería sentirse feliz. Había fantaseado con estar así con ese hombre. Matthew no se había levantado para irse de puntillas de su lado como le había pasado aquella primera noche. Pero todo había cambiado demasiado deprisa y el peso de su anillo de compromiso en el dedo le parecía de repente demasiado grande como para soportarlo.

Matthew acarició entonces sus hombros y comenzó a darle un relajante masaje.

—Siento que estés tan tensa. No me gusta darme cuenta de que es seguramente la campaña electoral la que ha producido estos nudos en tus músculos —le dijo mientras trabajaba con los dedos sus contracturas.

—No lo llevo mal —repuso ella mientras bebía un poco de champán.

—No seas modesta, la verdad es que lo estás haciendo fenomenal —le aseguró Matthew mientras reposaba la barbilla sobre su cabeza —. Pero no te gusta ser el centro de atención, ¿no?

Eso era lo último que necesitaba. No quería recordar la conversión que había escuchado durante la fiesta y las preocupaciones de Brent Davis. El director de campaña creía que ella perjudicaba a Matthew y la probabilidad de que éste ganara a Martin Stewart. Se quedó callada, terminó su copa de champán y se distrajo jugando con las pompas de jabón.

El vapor había conseguido amortiguar sus sentidos. Hacía tiempo que se había empañado el espejo, pero aún recordaba ver en él la

imagen de ellos dos en la elegante bañera de mármol.

Matthew seguía acariciando y masajeando su espalda.

—Ya verás cómo todo se resuelve pronto. Estoy seguro.

Pero ella no sabía qué iba a pasar ni quería pensar en ello. Le frustraba seguir con la farsa del compromiso, pero tampoco podía hacerse a la idea de acabar con todo y salir para siempre de su vida.

Creía que lo mejor que podía hacer, al menos por esa noche, era olvidarse de todo y concentrarse en lo que estaba viviendo.

—Me encanta esto…

Matthew estaba consiguiendo relajar sus músculos.

—Sí, este jacuzzi siempre me ayuda a recuperarme después de hacer deporte con mis hermanos.

—No hablaba de la bañera, sino de tus manos.

—Me alegra oír que te gusta que te toque.

—Mucho… —repuso ella con sinceridad.

Pero lo cierto era que no sólo le gustaba mucho, sino probablemente demasiado. Su atracción por Matthew había sido mucho más llevadera cuando él era inalcanzable y estaba convencida de que ese hombre nunca se fijaría en ella.

Se tocó el hombro izquierdo, el que aún estaba más elevado por culpa de la enfermedad.

—Tuve escoliosis cuando era pequeña —le dijo sin pensar.

Las manos de Matthew se detuvieron medio segundo y se dio cuenta de que la había oído.

—Fue una suerte que la tía Libby se ocupara del problema con mi columna vertebral tan pronto como lo hizo —le dijo—. Eso ya no afecta demasiado mi vida, pero evito llevar tacones altos. Y casi siempre que paso mucho tiempo de pie sin moverme acabo con dolor de cabeza.

—Bueno, tengo entendido que los tacones de aguja no son buenos para la espalda de nadie y quedarse de pie sin moverse tampoco me parece buena idea.

Le encantó que lo aceptara con tanta naturalidad. Consiguió que se sintiera muy cómoda y más relajada.

—No puedo creer lo que acabo de oír.

—¿A qué te refieres?

—Es la primera vez que oigo a un hombre oponiéndose al uso de tacones altos —repuso ella mirándolo por el encima de su hombro

con la nariz arrugada—. No me lo creo. Pensé que a todos los hombres les quitaba la respiración ver las piernas de una mujer con tacones altos.

—Y yo no me puedo creer que digas algo tan manido como eso. Haces que los hombres parezcamos seres muy superficiales.

—Eso lo has dicho tú, no yo.

—¡Vaya! ¡Qué golpe más bajo! Pero la verdad es que has jugado bien tus cartas. A lo mejor deberías representarme durante los debates electorales —sugirió Matthew mientras la abrazaba bajo el agua—. Está claro que todo el mundo tiene predilección por alguna parte del cuerpo.

—Como las piernas, ¿no?

Matthew deslizó las manos hacia arriba y cubrió sus pechos. Después comenzó a jugar con sus pezones.

—Sí, pero tampoco hay que olvidarse del pecho —susurró él—. Ni de la suavidad de tu piel —añadió mientras la besaba en el cuello—. Sin dejar de lado tu maravillosa melena…

—Sabes muy bien cómo seducir a una mujer…

Matthew dejó de acariciarla al escuchar sus palabras.

—Sólo estoy siendo sincero —replicó él—. ¿Por qué te cuesta tanto aceptar los halagos?

Ese hombre había aceptado con tanta comprensión lo que le había contado que decidió ir más lejos y confesarle las consecuencias emocionales a las que se había tenido que enfrentarse desde pequeña por culpa de su defecto de nacimiento.

—Supongo que es también resultado de esa escoliosis.

—Pero tienes mucha suerte, eres una mujer fuerte y sana —le dijo Matthew mientras la miraba con intensidad.

—Sí, la verdad es que tengo mucho que agradecerle a los médicos que me ayudaron durante años —le dijo ella—. Pero no me conociste de pequeña —añadió con dificultad—. No fue fácil conseguir que la columna se enderezara y mantener una postura erguida. Mucha gente, como mis padres biológicos, no aceptan carga económica y el esfuerzo que supone una niña con problemas como era yo.

Sintió contra su espalda cómo se tensaba el cuerpo de Matthew. Lo miró por encima del hombro y vio que en sus ojos había la misma dureza que había notado en su cuerpo.

—No te merecían —le dijo entonces con ternura.

Pero su cuerpo seguía sin relajarse. Parecía indignado, casi irritado.

Lo vio en sus ojos de hielo. Estaba enfadado por lo que le había pasado. Le pareció increíble.

Se había encontrado con gente que la había compadecido y con gente que la había ayudado, pero no recordaba haberse encontrado con nadie que estuviera realmente furioso por la injusticia del abandono que había sufrido siendo muy pequeña.

Matthew consiguió emocionarla y hacer que se olvidara en un segundo de tantos años de dolor.

—Gracias —le dijo con sinceridad.

—No me agradezcas nada, sólo digo la verdad —repuso él sin dejar de mirarla a los ojos—. Por cierto, tengo que decirte también que eres una de las mujeres más fuertes que he conocido.

También le gustó escuchar aquello. Sobre todo después de que Brent Davis hablara de ella como una mujer débil y tímida.

—He tenido que serlo. Los niños pueden llegar a ser muy crueles con los que no son como ellos.

Y, en su caso, también los adultos lo habían sido. No pudo evitar pensar en sus padres biológicos.

Se dio cuenta de que Matthew tenía razón, no habían merecido tenerla como hija si no habían sido capaces de aceptarla tal y como había nacido. Le llamó la atención que hasta ese momento no hubiera sido consciente de ello. Sus padres biológicos no habían estado preparados para ser padres. Le dio la impresión de que lo entendía por primera vez y todo su cuerpo se relajó al instante. Durante años, había hablado mucho sobre el tema con su tía Libby y con sus hermanas, pero hasta ese momento, no lo había comprendido. Le asustó y sorprendió ver que había bastado una conversación con ese hombre para ver su pasado desde otra perspectiva.

Matthew acarició su columna con los nudillos.

—¿Tuviste que llevar un corsé durante mucho tiempo?

—Hasta que fui a la universidad. Entonces sólo me lo ponía por las noches —le dijo ella—. Por eso me gustan tanto ahora las delicadas prendas de seda. Me encanta sentirlas sobre mi piel.

—Eres muy sensual, de eso ya me había percatado —repuso él mientras acariciaba suavemente su espalda.

—¿Qué dices? Pero sí soy contable.

—¿Y qué? ¿Es que la gente a la que le gustan los números no pueden gustarle también las sensaciones o incluso el sexo salvaje?

—Bueno, supongo que sí…

No pudo seguir hablando. No mientras Matthew se acercaba peligrosamente a sus pechos y le besaba el cuello.

—Eres perfecta tal y como eres —le dijo—. Todo por lo que has pasado te ha convertido en la mujer sexy e inteligente que eres ahora.

La presión que comenzó contra la parte baja de su espalda le dejó claro que Matthew no estaba mintiendo, se sentía atraído por ella. Metió las manos bajo el agua para acariciar las poderosas piernas de ese hombre. Había conseguido despertar de nuevo su deseo y el corazón le latía con tal fuerza que le retumbaba en los oídos.

Matthew la tomó por la cintura y la levantó un poco para que ella pudiera darse la vuelta. Quedó de rodillas frente a él y con las piernas a ambos lados de las de ese hombre. Se inclinó hacia delante hasta que sintió el miembro de Matthew, firme y preparado, contra el mismo centro de su feminidad. Se dejó llevar por todas las sensaciones, como la de sentir sus pechos aplastándose contra su torso cuando lo besó en la boca.

Esa noche aún no había terminado y había decidido que la aprovecharía al máximo.

Arqueó la espalda y se recolocó para después deslizarse y permitir que Matthew la llenara de nuevo. Pero lo hizo muy despacio, sometiéndolo a la más deliciosa de las torturas.

—Yo sí que voy a por todas, Matthew. Conseguiré la victoria…

Capítulo 9

—A por todas, hermano.

Matthew se quedó helado al escuchar las palabras de su hermano. Había estado a punto de lanzar la pelota de golf y su inoportuno comentario consiguió alterarlo lo suficiente como para que ésta acabara sumergiéndose en un lago cercano al restaurante del club. Asustó a una manada de pájaros que levantó el vuelo al unísono.

Miró a su hermano mediano con el ceño fruncido. Sabía tan bien como todos que no se debía hablar con el jugador cuando estaba a punto de golpear la pelota.

—Gracias, Sebastian —le dijo entre dientes—. Muchas gracias.

Había estado encantado con la posibilidad de jugar esa tarde al golf con sus hermanos, aunque no era un encuentro meramente deportivo, sino un torneo benéfico. Pero estaba jugando tan mal que se imaginó que el grupo que iba por detrás de ellos tendría tiempo de parar a almorzar antes de que ellos avanzaran hasta el siguiente hoyo.

—De nada, hermano. Ya sabes que me encanta animarte —le dijo el abogado—. Por cierto, ¡qué golpe tan bueno!

Los otros dos hermanos Landis los observaban sonrientes desde el carro de golf. Miró el agua y distinguió entre sus aguas los ojos de un caimán. Fue entonces cuando decidió que no se metería a buscar la pelota, prefería asumir la penalización.

Señaló a Jonah, el más joven de sus hermanos con el palo de golf, después hizo lo mismo con Kyle, que era el segundo.

—Pronto os tocará a vosotros y puede que me dé un ataque de tos en el momento menos oportuno —les dijo a modo de advertencia.

Las palabras de Sebastian habían afectado su tiro, pero lo cierto era que no podía dejar de pensar en Ashley y cada vez le costaba más mantener la cabeza despejada. La recordó entonces sentada sobre él en la bañera y estuvo a punto de perder la poca concentración que le quedaba.

Miró el reloj, se imaginó que pronto terminaría la reunión que Ashley estaba teniendo con sus hermanas para revisar todo el papeleo que tenían que presentar ante el seguro.

—¿Vamos a seguir jugando o vas a pasarte la tarde ensimismado mirando ese reloj?

—Estaba intentando calcular cuánto tiempo nos queda y el ritmo que llevamos —le dijo.

—Sí, claro. Di lo que quieras, pero vimos cómo te despedías de tu prometida —repuso su hermano—. ¿Qué es lo que está pasando, Matthew? ¿Cómo es que no nos la habías presentado antes? Nos habrías machacado si uno de nosotros hubiera hecho lo mismo.

Sebastian le dio un codazo a Jonah y con un gesto le señaló el grupo de periodistas que se congregaban cerca del club.

—Cállate de una vez —le dijo—. ¿No ves que hay prensa por todas partes?

De mala gana, Jonah dejó de mirar a la joven rubia para fijarse en los periodistas.

—Claro, claro. Hay que defender el buen nombre de esta familia —comentó el benjamín.

—Es un fastidio, hermano. Por tu culpa ya no podemos hacer nada los cuatro juntos sin que se convierta en una sesión fotográfica —le dijo Kyle.

Matthew dejó una nueva pelota en el suelo y se preparó para volver a intentarlo.

—Creí que sería buena idea filtrar a la prensa información sobre este torneo. Quería que dejaran tranquila a Ashley, al menos por un día.

—Y decidiste usarnos como cebo para la prensa, ¿no?

—Así es —repuso él mientras golpeaba de nuevo con su hierro.

Se quedó mirando la trayectoria de la pelota. Esa vez aterrizó sobre el *green*.

—Esto tampoco es nuevo para nosotros —les dijo a sus hermanos —. Siempre hemos tenido la atención de la prensa. Me imaginé que podíamos llevarlo mejor que ella.

Se subió al carro de golf. Sebastian se sentó a su lado. Kyle y Jonah los seguían en el otro carro.

—Parece que esta mujer te importa mucho —le dijo su hermano Sebastian.

—Estamos prometidos —le recordó.

Era algo que nunca pensó que volvería a hacer.

—Venga, hombre. A mí no me vengas con tonterías, sé sincero.

—¿Quién dice que no esté siendo sincero?

—¿De verdad te vas a casar con ella? —le preguntó su hermano.

—Yo no he dicho eso —repuso—. Sólo te he dicho que estamos prometidos. Es una persona muy especial y muy honesta. No se

merecía lo que nos ha pasado con la prensa.

Intentaba quitarle importancia, pero no se sentía cómodo teniendo esa conversación. Sobre todo después de la noche que había compartido con ella. Sentía que muchas cosas habían cambiado, entre ellas, los planes que tenía para romper su compromiso después de las elecciones.

—Hermano, me da la impresión de que estás perdido —le dijo Sebastian sacudiendo la cabeza con gesto serio—. Lo único que te pido es que tengas cuidado.

Fue al escuchar a su hermano cuando cayó en la cuenta y supo por qué le estaba hablado así. Sebastian acababa de separarse de su esposa.

Se habían casado demasiado pronto, siendo los dos muy jóvenes. Después habían madurado y descubierto que sus vidas crecían en direcciones opuestas. Sebastian parecía haber adelgazado bastante durante esos últimos meses y llevaba tanto tiempo sin cortarse el pelo que pronto lo tendría tan largo como Jonah.

Pero lo que más le llamó la atención fue ver que aún llevaba puesta la alianza. La experiencia de su hermano le recordaba que la mala decisión de dos personas con buenas intenciones podía llegar a complicar mucho la vida de esa pareja. Le dolía no poder hacer nada para que Sebastian no sufriera tanto.

Le dio una cariñosa palmada en el hombro.

—Lo tendré en cuenta. Por cierto, siento mucho todo por lo que estás pasando.

—Gracias —repuso Sebastian—. No quiero entrometerme en tu vida, sólo intento darte otro punto de vista, el punto de vista de los que estamos sufriendo un desengaño amoroso.

Apretó con fuerza el volante mientras pasaban al lado de un pelicano. Lamentaba no haber estado al lado de su hermano cuando él más lo podía haber necesitado. Había estado demasiado concentrado en su carrera política y en la preparación de la campaña electoral como para ayudarlo a pasar por el trance más doloroso de su vida.

La nefasta experiencia matrimonial de su hermano era una señal de advertencia que no se le iba a pasar por alto. Estaba claro que la pasión y una corta relación amorosa no eran la mejor base para un matrimonio.

—¿Cuándo será por fin efectivo el divorcio?

—Este otoño —repuso Sebastian sin ningún tipo de emoción en la voz.

—Podrían pasar muchas cosas hasta entonces —le dijo.

Él era una prueba de que podían pasar muchas cosas en la vida de uno en muy poco tiempo.

—Yo creo que ya ha pasado demasiado. Todo lo que queremos es poder seguir con nuestras vidas y olvidarnos de todo lo que ha ocurrido durante estos últimos meses.

—Lo siento muchísimo. De verdad. Tenía la esperanza de que pudierais superarlo.

—Yo también, hermano, yo también —repuso Sebastian mientras se ponía las gafas de sol y miraba a otro lado.

Su lenguaje corporal no podía ser más claro. No quería seguir hablando del tema.

Se quedaron en silencio. Sólo oían el sonido de los pájaros y del resto de criaturas que llenaban el campo de golf.

Algún tiempo después, Sebastian volvió a mirarlo con una sonrisa algo forzada, pero sincera.

—Bueno, creo que por un día ya nos hemos abierto demasiado, ¿no crees? Ya sabes que no me va este rollo sentimental… ¿Por qué no nos concentramos de nuevo en el juego? Estoy dispuesto a ganar este torneo.

Detuvo el carro, se bajó y sacó un palo de su bolsa de piel.

—Empiezo a pensar que mamá hizo lo correcto.

Kyle salió del otro carro y se acercó a él.

—¿A qué te refieres?

—Eligió a un amigo cuando se casó por segunda vez. Me parece mucho más inteligente que meterte en una de esas relaciones sentimentales que son como una montaña rusa. Creo que todos deberíamos aprender de ella.

Jonah se quedó boquiabierto al escucharlo.

—¿Es que estás ciego? Mamá está loca por el general —le dijo su hermano pequeño mientras se apartaba sus abundantes rizos de la cara.

—Sí, sí —replicó él con incredulidad—. Aunque me cueste decirlo, sé que se sienten atraídos el uno por el otro. Recordad cuando los pillamos aquel día en la cama…

Tanto sus hermanos como él se estremecieron al recordar el momento. Había sido uno de los días más complicados de sus jóvenes vidas y les había costado olvidar lo que habían visto, a su madre haciendo el amor con el que había pasado de ser su mejor amigo a su amante. Se casaron algún tiempo después.

Hasta a Jonah, el más mujeriego de los cuatro, le costaba recordar aquello.

—Habría preferido pasar por la vida creyendo que nuestra santa madre nos había concebido a todos por arte de magia. Fue una experiencia traumática…

Sebastian levantó las manos para solicitar una pausa.

—De acuerdo, no hablemos de eso otra vez, por favor. Pero es verdad, creo que Jonah tiene razón. No se trata sólo de atracción, mamá quiere de verdad a ese hombre.

Se quedó callado unos instantes, pensando en la boda de su madre con Hank Renshaw. Se casaron unas Navidades y de manera bastante impulsiva y romántica. Pero a lo mejor había algo más de lo que él se podía haber imaginado. Recordó cómo se iluminaba la cara de su madre cuando recibía una llamada de su marido.

Además de sus exitosas carreras profesionales, su madre y su segundo esposo compartían mucho más. Siempre que podían sacaban una hora libre para sentarse juntos en el balancín del porche. Allí los había visto charlar y reír mientras se tomaban una copa de vino.

Se dio cuenta, al analizarlo de una manera más tranquila, que era obvio y no entendía cómo no lo había visto antes. El general Hank Renshaw y su madre estaban muy enamorados.

Pensó que quizás hubiera querido creer que no era así porque se ajustaba mejor a su modo de ver la vida. Llevaba años huyendo de los compromisos y las relaciones serias.

El problema era que se había metido en un callejón sin salida. Ya no sabía cómo iba a poder finalizar esa relación. Ni siquiera tenía claro que quisiera hacerlo.

Lo único que sabía a ciencia cierta era que no podría seguir viviendo sin repetir lo que habían compartido la noche anterior.

De vuelta en la casa principal, Ashley se entretuvo mirando el océano desde la ventana de su dormitorio. La vista era similar a la

que había contemplado siempre desde la casa de su tía Libby.

Eso le recordó cuánto la echaba de menos. Sobre todo en esos momentos, cuando se enfrentaba a la que podía ser la decisión más dura de su vida.

Ni la presencia del océano ni la suave decoración de la habitación consiguieron calmar sus nervios.

Se había pasado la tarde con sus hermanas, repasando los daños y evaluando cuánto costaría conseguir que Beachcombers abriera de nuevo sus puertas al público. Había sido mucho más duro de lo que se había imaginado.

Se enfrentaba a la ardua tarea de reconstruir esa casa, pero lo que más le dolía era que lo tendría que hacer sola, fuera ya de la vida de Matthew. Eso le angustiaba más de lo que había esperado.

Pero tampoco podía seguir con la farsa. No podía seguir acostándose con él sin tomar una decisión sobre el futuro de los dos, ya fuera juntos o por separado.

Había sido fácil fantasear con él. Estar con él estaba siendo mucho más excitante, pero también más complicado. Hubiera preferido que se tratara de un tipo normal con una vida aburrida e intrascendente.

Se quedó mirando su anillo de compromiso y se lo quitó para ver cómo se sentía. Su mano parecía más desnuda que nunca. Hizo un puño para contenerse y no volver a colocárselo, aunque eso era lo que quería hacer.

Levantó el anillo contra la luz del sol y se quedó mirando el diamante. Brillaba de manera distinta desde cada ángulo. Era como una representación de lo que era su vida en esos momentos.

Tenía que tomar una decisión importante, pero esa decisión podía ser completamente distinta si miraba a las cosas desde un lado o desde el otro.

Se encendió en ese instante el aire acondicionado y sintió el aire en su cuello como si fuera una caricia.

No pudo evitar estremecerse y cerró la mano en la que tenía el anillo.

Pero entonces sintió un beso en la nuca.

—Hola, preciosa.

Intentó relajarse mientras se giraba en sus brazos.

—No te oí entrar.

—Estabas muy concentrada pensando en algo importante —le dijo

Matthew mientras le acariciaba la frente—. ¿Cómo fue todo con tus hermanas?

Su pregunta la devolvió al presente, no podía creer que no hubiera estado pensando en Beachcombers, tal y como Matthew se había imaginado.

—Todo fue bien. Tenemos muchas cosas positivas en las que concentrarnos. Los investigadores del incendio nos han dicho que una vieja instalación eléctrica fue la causante del fuego. Así que no somos responsables y el seguro nos pagará todas las reparaciones. Podemos empezar a hablar con contratistas enseguida.

Matthew la besó en los labios y la abrazó con más fuerza.

—Me alegra saberlo. Estoy muy contento por vosotras tres.

Podía escuchar los latidos de su corazón y su aroma la envolvía por completo. Era demasiado peligrosos estar con Matthew en su dormitorio, no se le pasaba por alto lo cerca que estaban de su cama.

—Salgamos al salón. Ya sé que somos adultos, pero no me parece bien que tu madre nos encuentre aquí juntos.

Matthew reaccionó con una mueca.

—No digas tonterías —le dijo dando un paso atrás—. Además, mi madre acaba de salir. Así que relájate.

—No puedo hacerlo —repuso ella sintiendo más que nunca el peso del anillo en su puño—. Lo que quiero decir es que no puedo relajarme.

Matthew miró a su alrededor con gesto cómico.

—¿Es que aún están tus hermanas por aquí?

—No, se fueron hace media hora.

Respiró profundamente y decidió decírselo cuanto antes, sin tiempo para arrepentirse de ello.

Abrió la mano y le mostró el anillo.

—No puedo seguir haciendo esto.

Matthew se quedó serio de repente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Levantó más el anillo para que lo viera Matthew. Le temblaba la mano. No sabía si estaba haciendo lo correcto, pero además tenía miedo de que su decisión beneficiara al adversario de Matthew.

Pensó que lo mejor sería tratar de convencer a Starr para que contase lo que le había pasado. Quizás así consiguiera además que otras víctimas de acoso hablaran de su experiencia con Martin

Stewart.

Por otro lado, no podía seguir participando en esa mentira, ella no era así. Aunque romper con Matthew y salir de su vida iba a romperle el corazón.

—No puedo seguir fingiendo que estamos prometidos. Ha sido difícil mentirle a la prensa, pero tener que engañar a mis hermanas ha sido horrible. Lo he pasado muy mal esta tarde. Creo que deben de sospechar algo…

—Bueno, la verdad es que yo he estado pensando en lo mismo esta tarde, mientras jugaba al golf con mis hermanos —repuso Matthew mientras le tomaba las manos con cariño.

Se le hizo un nudo en el estómago. Se dio cuenta de que todo estaba a punto de terminar. Iban a separarse y ella volvería a Charleston sola. Con la única compañía de recuerdos para sustituir a lo que antes sólo eran fantasías. El problema era que la realidad había superado con creces lo tejido por su imaginación.

—Y ¿qué es lo que has decidido?

Matthew apretó con más fuerza sus manos.

—¿Qué te parece si lo intentamos de verdad y nos olvidamos de que empezó como una farsa?

No creía haberle escuchado bien.

—Vas a tener que repetir eso porque creo que te he entendido mal. No es posible…

Matthew levantó su mano izquierda y acarició el dedo donde había llevado el anillo.

—Dejemos la sortija en su sitio e intentemos conocernos mejor, salir juntos…

—¿Y seguir acostándonos?

—Vaya, eso espero.

Matthew volvió a sonreír. Le gustó ver cuánto la deseaba, pero eso ya no era suficiente para ella, necesitaba más.

—¿Decidiste mientras jugabas al golf con tus hermanos que tenemos que pasar más tiempo juntos y seguir haciendo el amor a menudo?

—Bueno, supongo que no me he expresado demasiado bien, lo cual es extraño teniendo en cuenta que me dedico a la política. Así te haces una idea de hasta qué punto me vuelves loco —le dijo él con una sonrisa maliciosa—. Lo intentaré de nuevo. Lo que sugiero es que

nos conozcamos mejor, poco a poco, para que así podamos tener una… una…

Pareció quedarse sin palabras y se quedó mirando el horizonte.

—Una relación, Matthew. Creo que «relación» es la palabra que no te salía.

Para ella también era extraño, pero al menos podía decir esa palabra sin atragantarse.

—Sí, eso es.

Matthew parecía nervioso e incómodo. Sus palabras contradecían su lenguaje corporal.

—Creo que lo que estás describiendo es lo que hacen los amigos con derecho a más o los amantes. Y, que yo sepa, los amantes no se intercambian anillos de compromiso —le dijo ella.

Unas semanas antes, habría estado encantada de ser sólo eso para Matthew Landis, pero las cosas habían cambiado y ese anillo empezaba a representar lo que ella creía que merecía tener algún día en su vida.

—¿Qué es lo que esperas de mí? —le preguntó Matthew con frustración—. ¿Quieres que te diga que te quiero? Ya he estado enamorado antes y esas cosas llevan su tiempo. No te conozco lo suficiente como para estar seguro de algo así. Pero puedo decirte que creo que podría llegar a amarte algún día. ¿Por qué vamos a romper cuando existe esa posibilidad en nuestro futuro?

«¿Qué me podría llegar a amar algún día?», se dijo ella sin saber qué hacer con una promesa tan insuficiente.

Pero entonces recordó lo que acababa de decirle.

—¿Has estado enamorado?

Matthew se quedó helado.

—¿De quién? —le preguntó ella sin poder aplacar su curiosidad—. La prensa te ha emparejado con decenas de mujeres durante los últimos años, pero nunca pudieron encontrar una relación lo suficientemente seria como para resaltarla. Creo que por eso les ha gustado tanto escuchar lo de nuestro compromiso.

—Supongo que tienes razón —concedió él.

Matthew no parecía querer responderle, y eso no hizo sino acrecentar su curiosidad. No sabía por qué le interesaba tanto.

—¿Quién es ella? Creo que tengo derecho a preguntar, aunque sólo sea la falsa prometida.

Matthew se apartó de ella y se acercó a la ventana.

—Fue alguien que conocí en la universidad, Dana —repuso él con extrema seriedad—. Nos prometimos enseguida, fue todo muy rápido. Pero, antes de que pudiera siquiera presentársela a mi familia, Dana murió.

Se le encogió el corazón al escucharlo.

—Lo siento muchísimo —le dijo ella mientras acariciaba su hombro—. Sería horrible perderla.

Sabía mejor que nadie lo difícil que era superar algo así. Ella había arrastrado desde su infancia el abandono de sus padres.

—Sí, fue horrible —repuso él.

Parecía muy tenso y no sabía cómo hacer que se sintiera mejor.

—¿Qué le pasó? —preguntó ella.

—Tenía un problema de corazón, algo de nacimiento que nadie detectó —explicó Matthew mientras se pasaba las manos por la cara.

—Está claro que la querías mucho —le dijo.

Una parte de ella quería consolarlo. Pero la otra parte le decía que ella merecía que la amaran con la misma intensidad. No podía conformarse con ser su amante ni su segunda mejor opción.

Se apartó de su lado y dejó sobre la mesita de noche el anillo de compromiso. Un anillo que había concentrado un montón de bellos sueños que no iban a poder realizarse.

—Lo siento, Matthew. Pero así es como tiene que terminar…

El teléfono, también en la mesita, comenzó a sonar y no pudo evitar sobresaltarse.

Matthew dudó un segundo. Siguió mirándola a los ojos y ella le hizo un gesto para que contestara al teléfono.

Decidió que llamaría a una de sus hermanas para que fuera a recogerla. Se imaginó que aún estarían cerca de allí.

—Residencia de los Landis —saludó Matthew al tomar el auricular.

Iba ella a tomar el teléfono móvil para llamar a Starr cuando algo en la cara de Matthew la detuvo. Parecía enfadado y fruncía el ceño. Agarró entonces el mando a distancia y lo dirigió hacia el televisor.

—De acuerdo, sí, Brent. Estoy encendiéndolo.

No sabía de qué hablaban, pero se temía lo peor.

Alguna otra cosa sobre ellos que pudiera hacerles daño. Sabía que más fotos de ellos no tendrían valor ahora que estaban prometidos,

pero Matthew parecía muy disgustado.

Apareció en la pantalla un informativo. En una esquina superior de la pantalla, detrás del locutor, había una foto en la que se veía a Matthew en un campo de golf…

Y abrazando a una joven y atractiva rubia.

Capítulo 10

—¿Lo matamos directamente o lo torturamos antes? —le preguntó Starr con fiera expresión.

Las tres hermanas se habían reunido para comer en un restaurante.

Ashley seguía intentando volver a la realidad. Ya habían pasado dos horas desde que Matthew recibiera la llamada del director de comunicación de su campaña. Su aún prometido apenas había tenido tiempo de asegurarle que esas fotos no eran lo que parecían cuando el resto de la familia Landis llegó a la casa para hablar de lo que había ocurrido.

Matthew tenía una explicación para lo ocurrido con la chica que vendía agua y refrescos a los golfistas en ese club. Aseguraba que la joven se le había echado encima y él instintivamente la sujetó para que se calmara. Por desgracia, el aparcamiento del club había estado lleno de periodistas y fotógrafos que no dejaron pasar la ocasión.

Los hermanos de Matthew le habían asegurado que él no conocía a esa joven, pero la mala suerte había querido que ninguno de los tres estuviera allí en ese momento.

Matthew había estado muy preocupado por convencerla de que el incidente no significaba nada, pero a ella no le había afectado tanto como saber lo que le había contado sobre Dana.

Su mayor problema en esos momentos era confiar en que algún día Matthew podría volver a enamorarse de alguien. Eso era lo único que le interesaba, saber si acabaría por quererla a ella.

Sus hermanas la habían llamado en cuanto se enteraron y habían ido hasta Hilton Head a buscarla. Fue un alivio poder salir de esa casa, donde la familia Landis y los miembros de la campaña se afanaban por reducir las consecuencias de las fotografías aparecidas en prensa.

Al final, había acabado escondiéndose en un pequeño restaurante con sus hermanas y sin poder quitarse la gorra ni las gafas de sol.

Estaba cansándose de aquello, no quería que su vida se convirtiera en un espectáculo.

Starr tomó la cesta del pan y se puso a comer. El apetito de su hermana había aumentado mucho desde que se quedara embarazada.

—Entonces, ¿qué prefieres? ¿Muerte rápida o con sufrimiento?

—Lo que me hace gracia es que la prensa se ha pasado por alto la

historia más jugosa. No acabo de comprender que se creyeran vuestro compromiso —añadió Claire.

Se quedó boquiabierta al escucharla.

—Y ¿quién dice que no sea real? Nunca te he dicho que no lo fuera.

—¡Venga, Ashley! —le dijo Claire—. Eres como yo. Sé que no te comprometerías con nadie que no conocieras muy bien.

—¿Es que nunca has hecho nada impulsivo? —le preguntó ella.

Tenía interés por saber cómo iba Claire a responderla. Su hermana se había quedado embarazada después de una aventura de una noche con un amigo. Desde entonces, ese amigo se había convertido en el amor de su vida y en su marido.

—Eso es un golpe bajo —repuso Claire—. Pero te perdono porque me imagino que estás muy nerviosa.

No quería estar a la defensiva con ellas. Después de todo, eran sus hermanas y no podía seguir mintiéndoles. Se imaginó que había llegado también el momento de que dejara de mentirse a sí misma.

Se acarició el dedo anular de su mano izquierda, donde había llevado el anillo de compromiso.

—La verdad es que ya no importa. Matthew y yo hemos terminado.

Lo que no les dijo fue que él quería intentar seguir con ella y que ella había sido la que se había negado a seguir en la misma situación.

Claire la miró con mucha preocupación en sus ojos.

—¿Ha sido por culpa de las fotos que han aparecido en la prensa?

—¿Hablas de sus fotos conmigo o con la rubia del campo de golf? —preguntó ella con una mueca de desagrado—. La verdad es que las de hoy no me preocupan demasiado, sólo si dañan su imagen de cara a las elecciones. Estoy segura de que fue todo un montaje.

Y estaba siendo sincera. Confiaba en Matthew totalmente. Siempre había sido sincero con ella, incluso cuando sus palabras pudieran hacerle daño.

No le había negado cuánto había querido a aquella joven, una historia de amor que le preocupaba mucho más que cualquiera de las que pudieran inventarse los medios de comunicación.

Starr se dejó caer sobre el respaldo de su asiento y atacó otro panecillo. El restaurante era tan ruidoso que podían hablar sin temor a que nadie las oyera.

—Supongo que entonces no tendremos el placer de torturar a tu atractivo candidato.

—No —repuso ella con media sonrisa.

Claire tomó su mano y acarició su dedo anular.

—Esto va a liberar tu agenda de nuevo —le dijo su hermana. .

Se quitó las gafas de sol. No quería esconderse y necesitaba ver la vida con claridad.

—No te preocupes. Yo me encargaré de todo lo concerniente a las reparaciones para poder abrir Beachcombers de nuevo.

Claire y Starr se miraron a los ojos. Después, Claire sacó una carpeta de su bolso.

—La verdad es que estábamos a punto de volver a buscarte cuando oímos lo de las fotos de hoy.

—¿Por qué?

Sus hermanas se quedaron calladas.

—Por favor, yo he sido sincera con vosotras, contadme qué pasa.

Claire, siempre tan pulcra y organizada, retorció la servilleta que tenía en las manos. No parecía ella.

—No te hemos mentido, pero la verdad es que no te hemos contado algunas ideas que hemos tenido sobre lo de la reconstrucción de la casa —le dijo Claire.

—¿Qué quieres hacer con tu vida después de las elecciones si Matthew y tú no seguís juntos? —le preguntó entonces Starr.

—Bueno, pensé que estaría muy ocupada reconstruyendo Beachcombers y preparándolo todo —les dijo—. ¿Qué es lo que no me estáis contando? ¿Es que hay algún problema con la compañía de seguros?

—No, no se trata de eso —intervino deprisa Claire.

—Muy bien. Os agradezco mucho cuánto me habéis ayudado y protegido siempre —les dijo con sinceridad—. Pero ya no soy esa niña tímida e insegura de entonces. ¿Podéis empezar ya a tratarme como la adulta que soy?

Starr tomó sus manos entre las de ella.

—Te queremos mucho y no podemos evitar preocuparnos.

—Gracias —repuso ella tomando también la mano de Claire—. Yo también os quiero. Pero, decidme, ¿qué es lo que pasa? Venga, Claire, dime la verdad.

—Hemos estado pensando que quizás debiéramos contemplar

otras opciones que no sea reabrir Beachcombers.

Las palabras de Claire la dejaron muda. No se lo esperaba.

Le costó recuperarse lo suficiente como para poder hablar de nuevo.

—¿Estás hablando de derruir la casa de tía Libby?

—No, no es eso —repuso Starr con firmeza—. Pero podríamos usar el dinero del seguro para restaurar la casa y dejarla tal y como fue. Después podríamos venderla y dejar que una familia viva y crezca en esa mansión.

Claire se acercó a ella y la miró a los ojos.

—Podríamos dividir el dinero entre las tres y sería suficiente como para que cada una pudiera invertirlo en lo que nos gusta de verdad. Yo podría abrir un negocio de servicio de comidas con un horario más flexible que me permitiera cuidar a mi hija —miró entonces a Starr.

—Y ¿tú piensas lo mismo?

—Sí, cariño. Siempre he querido volver a la Escuela de Arte y estudiar algún tiempo en el extranjero. Mi marido podría pagarlo con su sueldo, pero me gustaría tener la posibilidad de financiarlo yo misma. Tú tienes tu título y ese dinero te vendría muy bien. Pero no queremos que sientas que te estás quedando sin hogar.

Su plan tenía sentido. Las dos tenían maridos, casas, niños y sus propios sueños profesionales. Y ella tenía…

Tenía una familia maravillosa, aunque fuera poco convencional, y había tenido una mujer en su vida que le había enseñado a valorarse a sí misma. Se dijo que nada de eso cambiaría aunque acabaran vendiendo esa casa.

Apretó las manos de sus hermanas.

—Tenemos un vínculo especial las tres que va más allá de cualquier casa. Los recuerdos que tenemos de tía Libby son mucho más fuertes y creo que a ella le gustaría que una familia creciera entre esas paredes.

Al otro lado del restaurante, uno de los clientes subió el volumen del televisor. Starr abrió mucho los ojos al ver la pantalla y decidió girarse para ver de qué se trataba. El canal de televisión había interrumpido el evento deportivo que habían estado retransmitiendo para dar una noticia.

—El candidato al Senado Matthew Landis ha anunciado que hará una declaración a la prensa frente a la sede de su partido —dijo

entonces el periodista.

No sabía qué querría decir. Había salido de la casa de los Landis antes de que se pusieran de acuerdo. Sabía que tendrían que actuar rápido para que Martin Stewart no aprovechara la ocasión en su contra. Creía que era una lástima que nadie sacara fotos comprometidas del otro candidato. Se imaginó que todos los ataques iban dirigidos contra Matthew porque él iba en cabeza en todas las encuestas y a casi todos los medios les interesaba que la carrera al Senado fuera más igualada.

Miró a sus hermanas. Incluso la organizada y lógica Claire había acabado por seguir sus impulsos y dejarse llevar por el corazón.

Después se concentró de nuevo en la pantalla. Estaban mostrando fotos de Matthew. En la primera estaba con él, la segunda era la del campo de golf y en la tercera estaba solo.

Ella nunca había dudado de él al ver las fotos con la joven rubia. Sabía que Matthew no había estado con nadie más. Por un lado, habían pasado demasiado tiempo juntos las últimas semanas como para que fuera posible y, por otro lado, Matthew era un hombre honesto que había llegado a poner su carrera y su vida en peligro para salir en defensa de ella y de su honor.

No entendía cómo había podido confiar en él sin llegar a confiar en ella misma. Quería ser parte de la vida de Matthew. Se dio cuenta de que él le había dicho que quería seguir conociéndola y le había confesado algo muy doloroso de su pasado.

Matthew parecía dispuesto a llevar las cosas con ella a otro nivel, pero ella no había sido lo bastante valiente como para embarcarse en esa aventura.

Sabía que la vida no iba a ser menos complicada si se alejaba de él. Lo cierto era que su propio corazón le estaba dejando muy claro que iba a sufrir durante el resto de su vida si no se dejaba llevar por los sentimientos que estaban naciendo entre ellos.

Matthew la había apoyado por completo cuando las primeras fotos salieron a la luz. Un escándalo del que ella había sido tan responsable como él. Se dio cuenta de que se merecía que fuera ella la que lo apoyara en esos momentos. Estaba lista a luchar para ocupar un puesto importante en la vida de Matthew Landis.

Se puso en pie de golpe y tomó su bolso.

—Queridas hermanas, estoy de acuerdo con vosotras. Ha llegado el

momento de renovar y vender Beachcombers. Ha llegado el momento también de muchas otras cosas —les dijo con decisión—. Me voy a esa conferencia de prensa, tengo que estar al lado de Matthew.

Sabía que era en ese sitio donde tenía que estar, al lado del hombre que amaba.

Matthew dio vueltas por el vestíbulo de la sede de su partido. Intentaba aclarar sus ideas. Le quedaban menos de dos minutos para salir por esa puerta y enfrentarse a la prensa. Tenía que explicarles por qué estaba bajando tanto su candidatura según las últimas encuestas.

Sus colaboradores seguían en la sala de juntas de sus oficinas. Podía oír sus conversaciones en un tono más bajo de lo habitual, intentaban darle el silencio y el espacio que necesitaba antes de salir a hablar con los medios.

Tenía en el bolsillo de la chaqueta las notas en las que iba a basar su discurso. Aquello podía ser el fin de su carrera política, pero era inevitable. Tenía que terminar con esa campaña de presión por parte de la prensa que estaba destrozando a Ashley y estaba dispuesto a renunciar a esas elecciones para conseguirlo. Se daba cuenta de que un hombre de verdad tenía que defender por encima de todo lo que más le importaba.

No había podido hacer nada por Dana, pero estaba dispuesto a salvaguardar con uñas y dientes el bienestar de Ashley. No podría soportar que su vida quedara arruinada sólo porque él estaba demasiado preocupado por ganar un puesto en el Senado.

Creía que con ella había perdido la mejor oportunidad de su vida, mucho más de lo que podría nunca alcanzar con su carrera política.

Decidió que encontraría otra manera de cambiar el mundo. Tenía los recursos necesarios y más empuje que mucha gente. Ashley le había enseñado que había otras maneras de vivir y de mejorar la existencia de los demás.

Miró de nuevo el reloj. Treinta segundos. Agarró el picaporte de la puerta para salir al estrado. Brent lo esperaba ya allí con la prensa.

Sintió una mano en el hombro que lo sobresaltó. Se dio cuenta de que había estado tan ensimismado que no había oído a nadie entrar.

Se dio la vuelta y se encontró con…

—¿Ashley? ¿Qué estás haciendo aquí?

Sus ojos castaños brillaban más que nunca y los miraban con tal intensidad que no pudo sino pensar en abrazarla. Pero era el momento menos apropiado para dejarse llevar por su deseo.

—He entrado por la parte de atrás. Tu madre me esperaba allí y me dejó pasar —le dijo Ashley mientras agarraba con fuerza las solapas de su traje—. Matthew, ¿qué vas a decirle a la prensa?

—La verdad. Les diré que he dejado que dicten mis decisiones hasta tal punto que he llegado a hacer daño a otros. Y que, si voy a ser un buen senador, tengo que estar dispuesto a sufrir los ataques de la prensa.

Le estaba costando mucho no tomarla en sus brazos. No podía dejar de mirar las suaves curvas que se escondían bajo su elegante vestido amarillo.

—Diré lo que tenga que decir para protegerte y librarte de ellos para siempre —añadió él.

Ashley tomó su brazo por el codo.

—Voy contigo.

—¡De eso nada! —replicó él con el ceño fruncido.

—Trata de detenerme —repuso Ashley con el mismo gesto.

Antes de que pudiera reaccionar, ella se colocó frente a él y salió por la puerta. Fue tras ella tan deprisa que estuvo a punto de darse de bruces con Brent. No había visto nunca a una mujer tan decidida como ella. Ni tan atractiva…

Pero iba a meterse en un buen lío.

Su director de campaña parecía estar a punto de desmayarse. Le pasaba cada vez que las cosas no salían como estaban previstas.

El tiempo que perdió sorteando a Brent fue todo lo que necesitó Ashley para colocarse frente al micrófono. Tenía un público de lo más atento a sus pies.

—Buenas tardes, damas y caballeros de la prensa. Sé que esperaban oír al diputado Landis, pero tengo que confesar que soy un poco insolente y no estaba dispuesta a dejar pasar la oportunidad de hablarles yo primero.

Les dedicó la mejor de sus sonrisas mientras los miraba con estudiada timidez por debajo de sus pestañas. Le llamó la atención que no se hubiera dado cuenta antes de lo recta y firme que era su espalda bajo su maravillosa melena roja. Tantos años con un corsé

habían hecho que se volviera una mujer fuerte y decidida a la que ni siquiera la prensa podía amedrentar.

—Supongo que estamos aquí reunidos para hablar de unas comprometedoras fotos.

Todos se quedaron callados al ver lo directa que era.

—Pero, esperad… ¿No habíamos hablado ya de ellas? —añadió con sarcasmo.

Alguien comenzó a reírse y los otros siguieron su ejemplo. Consiguió relajar un poco el ambiente. Le llamó la atención que todos parecían estar sudando por culpa del bochornoso calor. Todos menos Ashley, que seguía imperturbable y fuerte.

—Gracias por venir, de verdad —continuó ella—. Su trabajo es muy importante. La gente tiene que estar informada. Pero si estoy aquí hoy es para asegurarme de que la información que transmiten desde sus medios es la correcta y, por encima de todo, la verdad. Así nos evitaremos más tarde cualquier problema legal.

Sus palabras lo dejaron boquiabierto. Ashley era más fuerte de lo que se había imaginado.

Brent, a su lado, sacudió la cabeza.

—Dios mío, tiene a la prensa comiendo de la palma de su mano. Nunca había conocido a nadie como ella.

La miró de nuevo. Su belleza y la seguridad que transmitía brillaban más que el sol de Carolina del Sur.

—Yo tampoco —susurró él.

Ashley continuó hablando desde el estrado.

—No creo que la foto de un conocido candidato vestido para jugar al golf, en un campo de golf y con una empleada del club de golf sea merecedora de un escándalo. Supongo que es fácil para mí decir eso porque yo conozco a Matthew y confío en él, pero supongo que esa confianza no surge de la nada.

No dudó ni un momento de su palabra. No entendía cómo podía haber pensado que Ashley no podría enfrentarse a lo que la vida le pusiera delante. Era mucho más fuerte de lo que había pensado.

Creía que era una mujer increíble.

—Para eso son las campañas electorales —prosiguió ella con un tono más firme—. Es el momento ideal para conocer bien a los candidatos y ver quién representará mejor nuestros intereses en el Senado. Yo prefiero concentrarme en conocer mejor el programa

electoral que Matthew Landis ofrece para mejorar este país y olvidarme de fotografías que no hacen sino distraernos para que no podamos llegar a ver lo inteligente, carismático y dinámico que es este joven político.

Sintió algo al escucharla que no había esperado volver a sentir. Era un sentimiento que crecía en su interior con más fuerza aún que en el pasado.

Se dio cuenta de que amaba a esa mujer.

Ashley lo miró entonces con una sonrisa que consiguió emocionarlo.

—Si estás listo para hablar, Matthew, me encantaría que nos explicaras los planes que tienes para mejorar la legislación en lo referente a los programas de acogida de menores.

Lo que quería era hablar con ella y decirle que la quería. También la deseaba, eso era obvio, pero había mucho más entre ellos que la pasión que habían compartido. Pero todas esas cosas formaban parte de su vida privada y en ese momento lo que tenía que hacer era lidiar con la prensa cuanto antes para poder hablar con Ashley.

Se concentró en lo que tenía entre manos y fue hacia el micrófono. Estaba preparado para responder a lo que Ashley le había sugerido. Podría haberlo hecho con los ojos cerrados y las manos atadas a la espalda. Aquél era su ambiente y estaba acostumbrado a nadar en esas aguas.

Después de la rueda de prensa tendría una conversación completamente distinta con Ashley, una que no sabía si saldría como esperaba.

Pero no estaba dispuesto a dejar que pasara de largo la mejor oportunidad de su vida.

Ashley aplaudió tras escuchar el discurso de Matthew. Estaba orgullosa de él, pero también muy nerviosa. Habían conseguido salvar una pésima situación que podía haber arruinado la campaña de Matthew, pero no sabía si iba a ser capaz de recuperar lo que había entre ellos después de que le devolviera el anillo de mala gana esa misma tarde.

Las miradas y sonrisas que Matthew le había dedicado durante el discurso le decían que no estaba todo perdido. Había sido una suerte

que hubiera aprendido a confiar en ese hombre y, más importante aún, que aprendiera a confiar en sí misma.

Brent se inclinó hacia ella.

—Te arriesgaste mucho al salir antes a hablar —le dijo el director de la campaña.

—Matthew lo merece.

El hombre le ofreció la mano.

—Siento haberte subestimado. No sé cómo no he aprendido aún a interpretar el verdadero carácter de los demás.

—Acepto tu disculpa —repuso ella dándole la mano—. Supongo que sólo estabas intentando salvaguardar la carrera de Matthew y eso es algo que me gusta.

Matthew se despidió con la mano de la prensa y se acercó a ellos dos. Entraron de nuevo en la sede del partido. Había varios televisores encendidos y ya podían escuchar las valoraciones de los periodistas sobre la rueda de prensa a la que acababan de asistir.

—¡Brent, búscate tu propia chica! Ésta ya está comprometida —le dijo Matthew a su colega.

Avergonzada, le dio un codazo en las costillas.

—No hables de mí así —repuso riendo.

Sin darle tiempo a reaccionar, Matthew la tomó en brazos. Le recordó al fatídico día del incendio, cuando él la sacó de la casa en llamas. Los encargados de su campaña electoral aplaudieron y silbaron al verlos así. No podía creer que sólo hubiera pasado una semana desde el fuego en Beachcombers.

Matthew atravesó deprisa las oficinas hasta llegar a su despacho. Una vez dentro, cerró la puerta con una patada y ella, sin soltar su cuello ni un momento, dejó de nuevo los pies en el suelo. No entendía cómo podía haber pensado que sería capaz de renunciar a aquello.

Matthew besó su cuello y se acercó a su oreja.

—Has estado…

—¿Increíble? —sugirió ella con una gran sonrisa.

—Desde luego —confirmó Matthew—. No puedo creer que quisiera protegerte de la prensa. Debería haber dejado que te enfrentaras a ellos desde el principio.

Ella no estaba tan segura. No creía que hubiera sido capaz de hacerlo el primer día, cuando vio en la prensa las escandalosas fotografías de ellos dos. Pero durante esa semana había aprendido

mucho sobre ella misma y sobre el amor. Había descubierto que había muchas cosas más importantes en la vida que lo que los demás pensaran de ella.

—Me alegra haber sido de ayuda, eso es todo. Creo en ti y en lo que representas.

—Gracias. Eso significa para mí más de lo que piensas. Siento mucho lo que pasó esta tarde —le dijo Matthew tomando sus manos —. Quiero hablarte de Dana.

—No tienes que hacerlo —repuso ella—. Lo entiendo.

—Pero necesito decirlo —insistió Matthew—. Debería habértelo dicho de otra forma, pero es que no tengo demasiada práctica hablando del pasado. De hecho, no tengo ninguna.

—¿No le contaste a nadie lo de Dana? —preguntó con incredulidad.

Le emocionó que hubiera confiado en ella lo suficiente como para contarle algo tan importante de su pasado, algo que no le había dicho nunca a nadie. Le parecía increíble que la pusiera por delante de su propia familia.

—Nadie llegó a conocerla en mi familia y yo tampoco conocí a la suya. Nadie supo nunca hasta qué punto íbamos en serio. Tú eres la primera.

No se le pasó por alto la importancia de que se lo dijera a ella ni hasta qué punto se sentía cerca de Matthew en esos instantes.

—Gracias por elegirme a mí para hablar por primera vez de ello.

Se arrepintió de su reacción de esa tarde y de lo defensiva que había estado con él después de que le hablara de Dana.

Matthew tomó entonces su cara entre las manos y sus ojos verdes la miraron con intensidad.

—Quiero que entiendas que ese pasado no empaña de ninguna forma lo que siento por ti —le dijo él mientras le acariciaba los labios con los pulgares—. Y, para aclarar las cosas y evitar que tengas dudas sobre lo que siento por ti, te lo diré bien claro. Te quiero, Ashley Carson. Te quiero.

Eran las palabras mágicas. Tan especiales que ni siquiera se había atrevido a soñar con ellas. Pero pensó que quizás fuera mejor así. La realidad estaba ganando a su imaginación por goleada.

—Sé que me quieres, pero me encanta oírlo —le dijo ella con emoción—. Y resulta muy conveniente, la verdad, porque yo también

te quiero.

Matthew exhaló con fuerza y se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento, esperando su reacción. Metió entonces la mano en el bolsillo de su chaqueta y le enseñó lo que contenía, era su anillo de compromiso.

—Entendería que quisieras uno distinto para representar este nuevo comienzo. Pero, de un modo u otro, quiero que esta vez nuestro compromiso sea real.

Colocó su mano sobre la de Matthew, sobre el diamante y sobre la promesa real que simbolizaba.

—Éste es el que quiero. No cambiaría nada de nuestro pasado porque todo lo que ha ocurrido es lo que nos ha llevado hasta este momento tan perfecto. Sí, me casaré contigo.

Matthew la besó con fuerza en los labios. Después se apartó y la miró sonriente.

—No te voy a dar tiempo a que cambies de opinión —le dijo mientras le colocaba de nuevo el anillo.

Ella cerró el puño, sujetando la sortija en su sitio.

—Nadie podría sacármelo del dedo —le aseguró ella.

—De eso estoy seguro. Eres más fuerte de lo que pensaba.

Creía que Matthew tenía razón. Ella era la primera sorprendida con su renovada seguridad.

Se colgó del cuello de su prometido y se puso de puntillas para besarlo de nuevo. Era el final perfecto para un día perfecto.

—Estoy más que preparada para hacer que esta relación sea real.

Epílogo

Noviembre, día de las elecciones.

—Tenemos nuevos resultados de las votaciones —dijo el locutor desde la pantalla.

Estaban reunidos en el salón de la casa de los Landis.

Ashley contuvo el aliento, todo parecía ocurrir a cámara lenta. Sentada en el sofá al lado de Matthew, agarró con fuerza su mano. Sus familias y amigos los rodeaban. Nunca podría haberse imaginado cinco meses antes que su vida iba a cambiar tanto como consecuencia de una impulsiva decisión que lo había llevado a acabar en brazos de su amor platónico.

Pero, después de meses de dura campaña, estaba a su lado, enamorada de él y disfrutando del nuevo mundo que Matthew había abierto para ella.

Siempre había pensado que era el tipo de persona que prefería una vida en la sombra, lejos de los focos y del ámbito de lo público. Al lado de él estaba descubriendo lo inspirador que era poder estar en el centro de las cosas y poder mejorar las vidas de otras personas. Su relación le daba la oportunidad de tener además una familia más grande que la había acogido con los brazos abiertos desde el primer momento.

A sus hermanas y cuñados tampoco les costó establecer una amistad con los hermanos de Matthew. Ginger y el general habían llenado su vida de felicidad y la trataban como si fuera su hija. Nadie podría nunca reemplazar a la tía Libby en su corazón, pero le encantaba poder sentir de nuevo el amor incondicional que sólo podían dar unos padres.

Apretó con fuerza la mano de Matthew al escuchar las palabras del locutor.

—Se ha escrutado ya el noventa y uno por ciento de los votos. Y parece que hay un claro vencedor. Se trata de… —decía el periodista en esos instantes.

Recordó que tenía que respirar y concentrarse en Matthew y en el televisor. Pero los medios de comunicación a los que habían permitido el paso a la residencia de los Landis no dejaban de hablar.

—Matthew Landis. Él será el nuevo senador que representará al estado de Carolina del Sur —anunció el locutor.

El salón, lleno de gente, estalló en gritos y aplausos. Matthew la

abrazó con fuerza. Le hubiera encantado quedarse entre sus brazos, pero sabía que había muchas personas en esa habitación que querrían celebrarlo con él.

Le dio un rápido e intenso beso en los labios. Después se separó de él.

—Felicidades, senador Landis —le dijo.

Matthew la besó de nuevo y no pudo evitar estremecerse.

—Gracias, señora Landis.

No se acostumbraba a su nuevo nombre, pero le encantaba oírlo.

Llevaban sólo dos semanas casados, después de celebrar por su cuenta una íntima boda. No habían querido esperar más. Los dos habían estado deseando que su matrimonio fuera por fin oficial.

Las familias sabían ya que se habían casado. El resto del mundo, en cambio, lo sabrían durante el discurso de aceptación del cargo de senador. No habían querido mezclar la noticia de su matrimonio con la campaña. Las promesas que los habían unido eran algo personal y no querían hacerlas parte de la agenda política de Matthew.

Todo el mundo se les acercó para abrazarlos y felicitarlos con cariño. Estaba radiante. Le encantaba verse tan rodeada de familiares y gente que los quería.

Matthew recibió las felicitaciones sin soltarla y ella se dejó querer.

Alguien tiró serpentinas y confeti al aire y los periodistas gráficos aprovecharon la feliz ocasión para retratar el momento de la victoria. Las paredes del salón se llenaron de carteles de Matthew y todos parecían llevar pegatinas y gorros con la cara del nuevo senador. Oyó en la distancia a alguien descorchando una botella de champán.

Era una suerte que los medios se hubieran concentrado en entrevistar a Ginger antes que a nadie. Eso le dio a Matthew algo de tiempo para recibir las felicitaciones de su familia.

Kyle se acercó y le dio una fuerte palmada en la espalda.

—Espero que no se te suba a la cabeza, hermano. Recuerda que aún te puedo dar una paliza en el campo de golf —le dijo.

—Claro que sí —repuso Matthew con una gran sonrisa—. Supongo que jugar al golf es todo lo que sabéis los del Ejército del Aire.

Jonah se echó a reír al escuchar sus palabras y le pasó unos billetes a Sebastian.

—¡Pero…! No me digas que apostaste contra mí, Jonah.

—No, hombre, apostamos sobre el margen de votos por el que

ganarías —repuso su hermano.

Le dio una cariñosa palmadita en la cara a su nuevo cuñado.

—Entonces te perdonamos —le dijo ella.

—¿Y quién confiaba más en mí y apostó por una victoria aplastante?

—Creo que será mejor que nos llevemos ese secreto a la tumba —respondió Sebastian mientras se metía el dinero en el bolsillo de la chaqueta.

Era el más reservado de los cuatro y no solía sonreír a menudo, pero esa noche no dejaba de hacerlo.

Miró entonces a Ginger y al general. Parecían estar encantados y muy orgullosos.

Y a ella ya ni siquiera le importaba que hubiera periodistas presentes grabando y fotografiando cada abrazo y cada gesto de los presentes. No tenía nada que ocultar y confiaba plenamente en el amor que Matthew y ella compartían.

Los reporteros se concentraron en ese instante en el general y ella aprovechó para hablar con su marido.

—¿Cuándo vamos a ir a la sede de la campaña para que des la rueda de prensa y aceptes oficialmente el cargo de senador?

—Muy pronto —repuso él mientras le acariciaba la sien con los labios—. Pero antes quiero pasar un minuto a solas contigo. Después podemos irnos.

Colocó la mano sobre su torso.

—Supongo que todos entenderían que nos retiráramos unos minutos para cambiarnos de ropa y arreglarnos.

Matthew la tomó de la mano y atravesaron deprisa la multitud de personas reunidas en el salón. De camino al vestíbulo, sus hermanas le dieron un breve abrazo y se dirigieron unas miradas que le llamaron la atención. Parecía claro que estaban tramando algo. Les preguntó qué les pasaba, pero Matthew la distrajo con otro beso y, antes de que pudiera darse cuenta de lo que pasaba, estaban en el dormitorio que Ashley había ocupado desde que llegara a la casa de los Landis.

Matthew cerró la puerta de una patada y la abrazó con fuerza, besándola con la misma pasión de siempre, una pasión de la que no querían hacer partícipe ni a su familia ni a los fotógrafos de la prensa.

Su marido se separó minutos después y apoyó su frente contra la

de ella.

—Quiero darte las gracias por hacer que este sueño se haga realidad.

—Habrías ganado conmigo o sin mí —le dijo ella mientras tomaba su apuesto rostro entre las manos.

—Ya he tenido bastantes debates estos meses, así que no te llevaré la contraria —repuso él besando las palmas de su mano—. Pero quiero que entiendas que este momento significa mucho más ahora que te tengo en mi vida y que tú aportas más de lo que te imaginas a mi carrera política, otra manera de ver las cosas.

Sus palabras la emocionaron.

—Gracias por decir eso, de verdad.

—Para que veas lo agradecido que estoy yo, quiero darte algo a cambio —le dijo Matthew.

—Pero… Pero ya lo has hecho.

Esa experiencia le había ayudado a conocerse mejor.

—Te tengo a ti y todo un futuro por delante para formar una familia —añadió ella.

—Pero quiero que tengas un hogar.

—Nuestro hogar será cualquier sitio donde estemos los dos.

—Estoy de acuerdo contigo, pero sé que para ti será duro dividir nuestras vidas entre la capital y esta casa.

Matthew se separó de ella y fue a recoger una carpeta que alguien había dejado en la mesita de noche. Era la primera vez que la veía. Ese detalle le recordó hasta qué punto su marido conseguía trastornarla con sus besos y caricias.

Le entregó un documento que parecía oficial.

Lo miró con el ceño fruncido. Empezó a leerlo, pero apenas reconocía las palabras. Comprendía lo que decía el texto, pero no terminaba de entenderlo.

—Son las escrituras de Beachcombers, la mansión de tía Libby —murmuró.

—Así es.

—Pero… Si ya la hemos vendido…

La venta había sido complicada, pero había terminado por aceptar el hecho. Miró de nuevo las escrituras y vio el nombre que aparecía en ellas. Comprendió entonces las miradas conspiradoras que se habían dirigido sus hermanas entre sí.

—Así es. Lo que no sabes es que tú has sido la compradora —le dijo Matthew—. Sebastian se encargó de todo el proceso de compraventa para que mi nombre no apareciera en ninguna de las transacciones. Después, todo lo que tuvimos que hacer es poner a tu nombre la propiedad de esa casa —le contó él mientras le secaba unas lágrimas con la mano—. Pasaremos mucho tiempo en Washington, pero tenemos que mantener nuestra residencia oficial aquí, en Carolina del Sur. Pensé que la casa de tía Libby sería la mejor opción.

Abrazó las escrituras contra su corazón.

—¿Estás seguro? Pero ¿y tu familia?

—Estoy completamente seguro —le prometió Matthew con su mirada verde llena de convicción—. Charleston no está tan lejos de Hilton Head, podremos venir a verlos cuando queramos. De esta forma, tú podrás estar cerca de tus hermanas. Además, mi casa aquí se quedará demasiado pequeña en cuanto empecemos a tener hijos.

Soñaba con ese futuro tanto como él.

—Todo eso suena fenomenal. Muchas gracias. No sé cómo agradecértelo, no sé cómo expresar cuánto significa esto para mí —le dijo.

Ya empezaba a imaginarse cómo adaptaría la casa para que se convirtiera en el mejor hogar para ellos dos. Ya se habían llevado a cabo las reparaciones básicas después del incendio y ella quería devolverle a la casa el esplendor de las mansiones sureñas. Todo sin renunciar al aire acondicionado, una moderna cocina y varios dormitorios para que sus hermanas pudieran visitarlos con sus familias.

Les llegaban los sonidos de una fiesta que iba ascendiendo de intensidad en el salón. Eso le recordó que esa noche no tendrían demasiado tiempo para estar juntos.

Oyó el timbre de la puerta. Se imaginó que serían más colegas de Matthew, gente del partido que había participado en la campaña y quería felicitar al nuevo senador.

Algunos fuegos artificiales comenzaron a estallar en la distancia y a la casa de los Landis no dejaban de llegar reporteros.

A pesar de las interrupciones y el ruido, Matthew mantenía la mirada fija en ella, como si no pudiera escuchar ni ver nada más.

—No sabes lo que me alegra verte tan feliz. Es muy importante para mí que tengamos nuestro propio hogar. Estuvo bien vivir en el

antiguo cobertizo para carruajes mientras estuve soltero, pero ahora nos merecemos tener más intimidad para poder explorar todas las ventajas que conlleva la vida de casado —le dijo Matthew con una picara sonrisa.

—Que no se te olvide nunca que ya no estás soltero.

Se relajó entre los brazos del hombre que le había robado el corazón y que le había entregado a cambio el suyo.

Matthew le levantó la mano y le besó el dedo adornado por el anillo de compromiso y la alianza.

—Ha sido una suerte que apostara por ti como lo hice y fuera siempre a por todas. Has resultado ser la ganadora.

Fin